

A P  
antes del  
presente



*Señores de los parajes  
nevados:  
política, lugar y transformaciones  
del paisaje en dos pueblos  
taironas de la Sierra Nevada de  
Santa Marta, Colombia*



***Señores de los parajes  
nevados:***

*política, lugar y transformaciones  
del paisaje en dos pueblos  
taironas de la Sierra Nevada  
de Santa Marta, Colombia*

SANTIAGO GIRALDO PELÁEZ

**A P**  
antes del  
presente

*Señores de los parajes nevados: política, lugar y transformaciones del paisaje en dos pueblos taironas de la Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia*

Nicolás Loaiza Díaz  
Director general

Francy Morales  
Subdirectora científica

Fernando Montejo  
Coordinador del Grupo de Patrimonio

Mabel Paola López Jerez  
Coordinadora de Divulgación y Publicaciones

Ivón Alzate Riveros  
Coordinación editorial

Rodrigo Díaz Losada  
Corrección de estilo

Jimena Perry y Santiago Giraldo  
Traducción

Precolombi EU, David Reyes  
Diseño, diagramación y cubierta

Cubierta:  
Plano de Ciudad Perdida,  
Elaboración del autor a partir de planos dibujados por Peter Kellet  
y Ángela Uribe de Kellet para el ICANH, 1984.

Primera edición, diciembre de 2021

E-ISBN: 978-628-7512-10-8

© Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH)  
Santiago Giraldo Peláez  
Calle 12 n.º 2-41, Bogotá D. C.  
Tel.: 4440544, ext. 111  
[www.icanh.gov.co](http://www.icanh.gov.co)

*Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, por ningún medio inventado o por inventarse, sin permiso previo por escrito del ICANH.*

Impreso por:  
Imprenta Nacional de Colombia  
Carrera 66 n.º 24-09, Bogotá D. C.



ICANH

A P  
antes del  
presente

Giraldo Peláez, Santiago  
Señores de los parajes nevados: política, lugar y transformaciones del paisaje en dos pueblos taironas de la Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia. / por Santiago Giraldo Peláez. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, ICANH, 2021.

350 páginas ; 17 X 24 cm – (Colección Antes del presente)  
E-ISBN: 978-628-7512-10-8

1. Arquitectura indígena. / 2. Ciudades y pueblos desaparecidos. / 3. Excavaciones arqueológicas-Ciudad Perdida. / 4. Geología histórica. / 5. Taironas-Política y gobierno. / 6. Colombia-Sierra Nevada de Santa Marta-Parque Arqueológico Teyuna. / I. Instituto Colombiano de Antropología e Historia, ICANH.

351.859861 SCDD 20

Catalogación en la fuente; Biblioteca Especializada - Alicia Dussán de Reichel.

# Contenido

---

---

<b><i>Agradecimientos</i></b>	15
<b><i>Introducción</i></b>	20
Espacio, política y paisajes	27
El proyecto	48
<b><i>Una visión más amplia del paisaje: los taironas</i></b>	58
Las unidades políticas taironas	65
El continuum histórico tairona-kogi como “la casilla del salvaje”	84
Conclusión	88
<b><i>Estudio de Pueblito: historia del asentamiento y secuencia de construcción</i></b>	90
Estrategias de estudio y muestreo, una breve discusión sobre los métodos	96
Resultados del estudio topográfico y arquitectónico	105
Conclusiones	124
<b><i>Excavaciones en Pueblito: espacialización política, construcción del lugar y la aldea neguanje</i></b>	126
Excavaciones estratigráficas	134
Excavaciones en el área central sur	189
Excavaciones sin artefactos	200
Discusión y conclusiones	202

<b>Excavaciones en Ciudad Perdida: replanteamiento de la historia del asentamiento</b>	208
Introducción	209
Excavaciones estratigráficas	214
Discusión y conclusiones	256
<b>Resumen y conclusiones</b>	260
Resumen de la investigación	270
Secuencias de construcción: crecimiento y trayectoria de los asentamientos	273
Implicaciones para la investigación posterior	285
<b>Bibliografía</b>	291
<b>Apéndice A: Clasificación de objetos</b>	313
Objetos tairona de 1100-1200 a 1600 d.C.	316
Tipos burdos tairona	317
Tipos neguanje burdo	325
Tipos neguanje fino	326
Bibliografía	329
<b>Apéndice B: Análisis de fitolitos</b>	331
Metodología	331
Resultados	333
Conclusiones generales	345
Bibliografía	346

# Índice de figuras

---

[9]

<b>Figura 1.1.</b>	Localización de la Sierra Nevada de Santa Marta	24
<b>Figura 1.2.</b>	El área tairona, el Parque Nacional Natural Tayrona, Pueblito y Teyuna-Ciudad Perdida	24
<b>Figura 1.3.</b>	Vista aérea del sector central y terrazas adyacentes de Ciudad Perdida	31
<b>Figura 1.4.</b>	Anillos del área occidental y complejo de terrazas de Ciudad Perdida	31
<b>Figura 1.5.</b>	Imagen compuesta de la plaza occidental de Pueblito, senderos y estructuras circulares para festines y ceremonias	33
<b>Figura 1.6.</b>	Escaleras centrales de Ciudad Perdida que conectan el sector norte del pueblo con el sector central	34
<b>Figura 2.1.</b>	Mapa de 1879 de Frederick A. A. Simons de la Sierra Nevada de Santa Marta con la Ciénaga Grande al occidente	64
<b>Figura 2.2.</b>	Vasijas y artefactos en jadeita del montículo neguanje excavadas por John Alden Mason	67
<b>Figura 2.3.</b>	Mapa que muestra la distribución de los sitios taironas localizados hasta ahora en las laderas del norte y del occidente de la Sierra Nevada de Santa Marta	71
<b>Figura 2.4.</b>	Complejo residencial de cuatro anillos en el sector Mahecha de Ciudad Perdida	73

[ 10 ]

*Señores de los parajes nevados*

<b>Figura 3.1.</b> Imagen Landsat, bandas 3, 2, 1, del Parque Nacional Tayrona	92
<b>Figura 3.2.</b> Mapa a mano alzada de John Alden Mason del área central de Pueblito con terrazas, senderos enlosados y arroyos canalizados	99
<b>Figura 3.3.</b> Sector central de Pueblito según fue estudiado y cartografiado por el Proyecto Señores de los Parajes Nevados	100
<b>Figura 3.4.</b> Eliminación de maleza en una terraza durante el estudio topográfico	101
<b>Figura 3.5.</b> Terrazas superpuestas del área central de Pueblito	104
<b>Figura 3.6.</b> Diseño de puntos del estudio topográfico de Pueblito	107
<b>Figura 3.7.</b> Áreas de terrazas y áreas cubiertas por sector	112
<b>Figura 3.8.</b> Distribución del área de terrazas en Pueblito	113
<b>Figura 3.9.</b> Distribución del área cubierta en Pueblito	113
<b>Figura 3.10.</b> Plano general del pueblo superpuesto sobre un MED producido a partir de puntos de estudio topográficos	115
<b>Figura 3.11.</b> Excavación de una vasija para cocinar completa encontrada en la capa de relleno, justo debajo de la superficie de la terraza en la prueba de pala número 162	117
<b>Figura 3.12.</b> Prueba de pala con una ocupación neguanje enterrada 65 cm bajo la superficie	118
<b>Figura 3.13.</b> Distribución espacial de los materiales del periodo Neguanje recuperados durante el muestreo	122
<b>Figura 3.14.</b> Distribución espacial de los materiales tairona recuperados durante el muestreo	123
<b>Figura 4.1.</b> Vasijas para ofrendas o “cofres de tesoro” del periodo Tairona clásico	129
<b>Figura 4.2.</b> Plano del sector central norte de Pueblito que muestra la localización de las excavaciones, las pruebas de pala y las estructuras arquitectónicas, senderos principales y escaleras	132

<b>Figura 4.3.</b> Plano del sector central de Pueblito que muestra la ubicación de las excavaciones, las pruebas de pala y las estructuras arquitectónicas, caminos principales y escaleras	133	
<b>Figura 4.4.</b> Unidad 1, dibujo del perfil sur	137	
<b>Figura 4.5.</b> Ubicación de la unidad 2	139	
<b>Figura 4.6.</b> Unidad 2. Fotografías de los perfiles oriental y occidental que muestran las diferencias en estratigrafía y ocupaciones enterradas	143	[ 11 ]
<b>Figura 4.7.</b> Perfil norte de la unidad 3	146	
<b>Figura 4.8.</b> Perfil oriental de la unidad 3	148	
<b>Figura 4.9.</b> Fotografía compuesta de la plaza oriental que muestra la estructura subcircular para festines y ceremonias	151	
<b>Figura 4.10.</b> Perfil sur de la unidad 4 a 130 cm de profundidad	153	
<b>Figura 4.11.</b> Unidad 4, perfil del muro del sur a la profundidad final de excavación	154	
<b>Figura 4.12.</b> Dibujo del perfil sur de la unidad 5 que muestra la gruesa capa de relleno que niveló la plaza	156	
<b>Figura 4.13.</b> Unidad 11 a una profundidad de 55 cm	158	
<b>Figura 4.14.</b> Unidad 6 a 20 cm de profundidad	161	
<b>Figura 4.15.</b> Unidad 6, a 43 cm de profundidad, que muestra las cabezas de hacha 1 y 2 en su posición original	163	
<b>Figura 4.16.</b> La tercera cabeza de hacha o cincel	165	
<b>Figura 4.17.</b> Pendiente de rana o sapo de tumbaga encontrado a una profundidad de 65 cm en la unidad 6	166	
<b>Figura 4.18.</b> Unidad 6. Dibujo del perfil occidental que muestra los diferentes estratos y ocupaciones	168	
<b>Figura 4.19.</b> Unidad 8, a una profundidad de 30 cm, que muestra la cantidad de vasijas rotas que se encontraron en esta terraza	171	
<b>Figura 4.20.</b> Vasija antropomórfica de doble vertedera como las que encontró Alden Mason en los cortes de superficie de la construcción para festines o ceremonias (sitio xxx1)	174	

[ 12 ]

Señores de los parajes nevados

<b>Figura 4.21.</b> Residencia del periodo Neguanje	177
<b>Figura 4.22.</b> Unidad 9. Una selección de fragmentos incisivos de los tipos rojo, café y negro fino encontrados entre 210 y 230 cm bajo la superficie	179
<b>Figura 4.23.</b> Unidad 9. Un pedazo de borde rojo sobre crema de una copa grande encontrada a 210 cm	180
<b>Figura 4.24.</b> Ejemplos de vasijas completas del periodo Neguanje con decoración superficial similar a la de los fragmentos encontrados en la unidad 9	181
<b>Figura 4.25.</b> Localización aproximada de las áreas de las unidades residenciales enterradas encontradas en la terraza 35	182
<b>Figura 4.26.</b> Unidad 9, perfil del muro del sur	183
<b>Figura 4.27.</b> Fragmentos champlévé de una jarra globular o cuenco encontrada en la terraza 35	183
<b>Figura 4.28.</b> Unidad 10, a 95 cm bajo la superficie, que muestra los estratos 1 a 4 y el rasgo en la esquina noroccidental del corte	185
<b>Figura 4.29.</b> Perfil del muro occidental de la unidad 10 que muestra la sección de escalera sellada y la estratigrafía a 140 cm bajo la superficie después de excavar	187
<b>Figura 4.30.</b> Mapa del área sur-central de Pueblito con complejo de terrazas y localización de las unidades 12, 13 y 14	190
<b>Figura 4.31.</b> Fotografía de la unidad 12 cuando se comenzó la excavación	192
<b>Figura 4.32.</b> Unidad 12, 75 cm bajo la superficie, con dos copas de cerámica tairona engobe negro pulido y olla rojo naranja burda <i>in situ</i>	195
<b>Figura 4.33.</b> Perfil norte de la unidad 12	196
<b>Figura 4.34.</b> Terrazas 54 y 55	197
<b>Figura 4.35.</b> Vista en planta de la unidad 13 que muestra el muro enterrado construido al principio para sostener la terraza 54	199

<b>Figura 5.1.</b>	Plano de Ciudad Perdida que muestra el trazado de la ciudad	210
<b>Figura 5.2.</b>	Plano de Ciudad Perdida, sector norte, que muestra las unidades de excavación 1 y 2 y detalles arquitectónicos	218
<b>Figura 5.3.</b>	Muro occidental de la unidad 1	219
<b>Figura 5.4.</b>	Dibujo de un plano de Ciudad Perdida, sector norte, continuación de la figura 5.2, que muestra la ubicación de las unidades de excavación 3 y 4 y el camino, la escalera y la terraza selladas bajo la estructura 189	222
<b>Figura 5.5.</b>	Dibujo del perfil occidental de la unidad 3	224
<b>Figura 5.6.</b>	Fotografía del perfil oriental de la unidad 3, a 115 cm de profundidad	225
<b>Figura 5.7.</b>	Fotografía de la construcción de muros con retrocesos para conformar un andén	226
<b>Figura 5.8.</b>	Unidad 3, a una profundidad de 108 cm, que muestra la transición hacia la ocupación enterrada neguanje	229
<b>Figura 5.9.</b>	Unidad 4, a 200 cm bajo la superficie, muestra la estratigrafía en el perfil sur	229
<b>Figura 5.10.</b>	Vista lateral del costado norte del sector central de Ciudad Perdida que muestra las superposiciones estructurales entre terrazas, lo que indica una construcción en secuencia	233
<b>Figura 5.11.</b>	Plano del extremo norte del sector central de Ciudad Perdida que muestra la disposición de las terrazas sobre la delgada cresta y la ubicación de las unidades de excavación 5 y 6	234
<b>Figura 5.12.</b>	Unidad 6, una manotada de cuentas como fueron encontradas en la tierra usada para nivelar la terraza	236
<b>Figura 5.13.</b>	Unidad 6, a 60 cm de profundidad, que muestra la capa superficial de relleno que se añadió para cubrir las rocas	237

[ 13 ]

*Índice de figuras*

[ 14 ]

<b>Figura 5.14.</b>	Dibujo del plano del sector central de Ciudad Perdida, continuación de la figura 5.11	238
<b>Figura 5.15.</b>	Unidad 9, a 120 cm de profundidad	239
<b>Figura 5.16.</b>	Unidad 8. Suelo empedrado que indica que esta estructura probablemente era un patio	240
<b>Figura 5.17.</b>	Vista parcial hacia el norte de La Capilla	243
<b>Figura 5.18.</b>	Unidad 10, aproximadamente a 40 cm de profundidad	245
<b>Figura 5.19.</b>	Unidad 12. El hacha enterrada y el mortero <i>in situ</i> , localizados en la sección exterior del relleno después de la pared enterrada	246
<b>Figura 5.20.</b>	Unidad 12 después de quitar parte del muro	248
<b>Figura 5.21.</b>	Plano del sector central de Ciudad Perdida, continuación de la figura 5.14 que muestra la ubicación de las unidades de excavación	252
<b>Figura 5.22.</b>	Unidad 11. Perfil del muro oriental que muestra la capa enterrada de tierra oscura debajo de la estructura 45	255
<b>Figura 6.1.</b>	Piedra grabada encontrada en el Parque Arqueológico Teyuna-Ciudad Perdida	289
<b>Figuras, Apendice B</b>		
<b>Figura 1.</b>	Estructuras de ópalos de sílice. Placa X3	335
<b>Figura 2.</b>	Estructuras de ópalos de sílice. Placa: X1	336
<b>Figura 3.</b>	Estructuras de ópalos de sílice. Placa: X: 12	338
<b>Figura 4.</b>	Estructuras de ópalos de sílice y diatomeas. Placa: X6	339
<b>Figura 5.</b>	Estructuras de ópalos de sílice. Placa: X5	340
<b>Figura 6.</b>	Estructuras de ópalos de sílice. Placa: X3	342
<b>Figura 7.</b>	Estructuras de ópalos de sílice. Placa: X2	343
<b>Figura 8.</b>	Estructuras de ópalos de sílice. Placa: X9	344
<b>Figura 9.</b>	Estructuras de ópalos de sílice. Placa: X9	345

# ***Agradecimientos***

---

---

**A lo largo** de todos estos años he adquirido una enorme deuda con las personas e instituciones que brindaron apoyo financiero y en especie a este proyecto, y me animaron y aconsejaron a lo largo de su desarrollo. La investigación de campo preliminar fue financiada por dos becas Tinker del Centro de Estudios Latinoamericanos (CLAS) de la Universidad de Chicago. Los fondos para la investigación de campo fueron generosamente proporcionados por la National Science Foundation de los Estados Unidos, por medio de un *doctoral dissertation improvement grant*, una beca de investigación de la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales (FIAN) del Banco de la República y por parte del Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH). Los fondos adicionales para las fechas de radiocarbono fueron proporcionados por la FIAN y el Museo del Oro, mientras que los análisis de fitolitos fueron cubiertos por el ICANH.

Este proyecto tuvo sus inicios en la Universidad de Chicago mientras terminaba una maestría en Ciencias Sociales. Bajo la dirección de Tom Dillehay, comencé a recopilar y organizar la historia de la arqueología en la Sierra Nevada de Santa Marta, estudiando los diversos paradigmas, ideas y métodos que habían dirigido la investigación en esta parte de Colombia durante la mayor parte del siglo xx. En el año 2000, cuando me disponía a entrar en el programa de doctorado en Antropología en la Universidad de Chicago, el Field Museum of Natural History (FMNH) de Chicago me dio acceso a los objetos recuperados por John Alden Mason entre 1921 y 1922, así

como a sus notas de campo de la expedición Marshall Fields a Santa Marta. Los arqueólogos y el personal del Museo fueron increíblemente generosos, y debo agradecer de manera muy especial a Luis Antonio Curet por darme pleno acceso a la colección y permitirme fotografiar y examinar los objetos a voluntad. Sin la ayuda de Chris Phillips nunca habría sido capaz de ubicarme en el laberinto de pasillos y pisos del Museo. Una beca adicional en el 2007 del FMNH me permitió volver a examinar la colección después de haber completado el trabajo de campo en Pueblito y Ciudad Perdida. Fue también en el proyecto del FMNH de la nueva Sala de las Américas que muchos de los resultados preliminares de este proyecto fueron vistos por primera vez por el público en general.

María Victoria Uribe, la entonces directora del ICANH, me concedió un permiso entre el 2001 y el 2004 para completar la primera parte del programa de doctorado en Antropología en la Universidad de Chicago. Su constante apoyo y aliento sirvieron de empuje inicial para la renovación de la investigación arqueológica en la Sierra Nevada de Santa Marta. Sin la ayuda del personal del ICANH, este proyecto no hubiera sido posible. Estoy en deuda con Alba Alonso, Emiro Díaz, Manuel Pérez, Clara Castillo, María Ester Rivera, Martha Bibiana Fernández y Graciela Fernández, quienes diseñaron los contratos necesarios, redactaron cartas de presentación y se hicieron cargo de todas las tareas administrativas requeridas por el proyecto. Debo agradecer también la paciencia del equipo editorial del ICANH, en especial a Ivón Alzate por su constante seguimiento y apoyo en la producción de este libro. Septimio Martínez, el administrador del Parque Arqueológico Nacional Teyuna-Ciudad Perdida, ha sido un gran amigo y coconspirador por muchos años. Héiler Ortega y David Mendoza, funcionarios del parque, también han sido incondicionales en su apoyo. Sin su ayuda y hospitalidad esta investigación no hubiera sido posible. Mis colegas en el ICANH fueron también una constante fuente de estímulo y apoyo intelectual. Álvaro Botiva, Alejandro Bernal, Braid Enciso, Monika Therrien, María Clemencia Ramírez, Margarita Chaves, Juana Camacho, Álvaro Bermúdez y Franz Flórez fueron mis interlocutores durante muchos años y me ayudaron a resolver las dificultades que conlleva realizar cualquier investigación en Colombia.

En Chicago tuve la suerte de encontrar un grupo de amigos y colegas cuyo trabajo inspiró, y sigue inspirando, gran parte de mis propias investigaciones. Este grupo incluye a Andrew Bauer, Royal Ghazal, Alexandra

Hartnett, Alison Kohn, Nicole Couture, Franz Scaramelli, Kay Tarble, Michael Cepek, Shane Greene, Ed Swenson, Rebecca Graff, Laura Popova, Toby Hartnell, Dave Pacífico, Anna Guengerich y Jonah Augustine. Debo agradecer muy especialmente a Diana Bocarejo con quien compartí gran parte de este viaje intelectual y continúa siendo una buena amiga, colega e interlocutora en todo lo relacionado con la Sierra Nevada de Santa Marta. Estoy especialmente agradecido con Steve Kosiba, con quien compartí la lectura, relectura y crítica de los múltiples borradores de este manuscrito mientras íbamos y veníamos entre Nueva Jersey y Nueva York. Este trabajo fue posible gracias a la vibrante, exigente y generosa comunidad intelectual del Departamento de Antropología de la Universidad de Chicago.

También estoy en deuda con los profesores de la Universidad de Chicago por su orientación, comentarios, sugerencias y críticas a lo largo de los años. Alan Kolata, el presidente de mi comité de disertación, fue una constante fuente de apoyo académico y personal a lo largo de todo el proyecto y de mi estadía en Chicago. Michael Dietler y Adam T. Smith desempeñaron un papel central en mi comité, y continúan siendo interlocutores y críticos clave. Su trabajo y puntos de vista son evidentes a lo largo de esta investigación. Aunque ya no está en Chicago, el diseño de la investigación para este proyecto se vio fortalecido en gran medida por Nicholas Kouchoukos. Kathleen Morrison y Mark Lycett también me proporcionaron orientación y apoyo intelectual. El diseño de muestreo original se produjo con la generosa ayuda de Mark. En términos más generales, muchas de las ideas expuestas aquí surgieron de conversaciones con Jean y John Comaroff, Michel-Rolph Trouillot, Shannon Dawdy, Terence Turner y Ray Fogelson. La obra de Nancy Munn sobre la construcción del valor en Gawa sirvió de base para mis propias exploraciones sobre este tema entre los taironas. Todos los estudiantes del doctorado en Antropología de la Universidad de Chicago adquirimos con el tiempo una deuda impagable con Anne Ch'ien, y no puedo agradecerle lo suficiente la ayuda que recibí.

En Santa Marta, debo agradecer muy especialmente a Gustavo Sánchez, entonces director del Parque Nacional Natural Tayrona, y a Rebeca Franke, la coordinadora de investigaciones, no solo por permitir que mi equipo utilizara sus instalaciones en Pueblito, sino también por los muchos años de colaboración e interés en apoyar la investigación en el parque. Es solo a través de sus constantes esfuerzos enfocados hacia la protección y

comprensión de la variedad de recursos naturales y culturales disponibles en el parque que los turistas y los investigadores pueden disfrutar de ellos. Gracias también a la comunidad indígena de Mutanzhi, que me permitió llevar a cabo investigaciones en Ciudad Perdida. Estoy especialmente agradecido con *máma* Rumaldo Lozano, amigo y compadre con quien durante muchos años he discutido, debatido y argumentado los pros y los contras de la investigación arqueológica en la Sierra Nevada.

El trabajo en Pueblito y Ciudad Perdida solo fue posible gracias al equipo de topógrafos y excavadores con los que trabajé a lo largo de más de seis meses de investigación en campo. El levantamiento topográfico inicial en Pueblito estuvo a cargo de Alex Ospina y Aldúver Hernández, quienes también produjeron los primeros borradores del plano de Pueblito. La mayor parte del trabajo de excavación en Pueblito y Ciudad Perdida estuvo a cargo de Huber Altamar, Juan Carlos y Abel Chávez de la localidad de Bonda. Su ayuda, voluntad de trabajo, compañerismo y las numerosas discusiones que tuvimos mientras avanzaba la investigación y las excavaciones fueron absolutamente cruciales para el éxito de este proyecto. El análisis de artefactos en el laboratorio del ICANH y la supervisión de la mitad de las excavaciones en Ciudad Perdida estuvieron a cargo de mi colega y amiga Beatriz Rincón. El apéndice A: “Clasificación de objetos”, fue escrito con su colaboración. El análisis de fitolitos fue hecho por Gaspar Morcote en colaboración con Jorge Mateus en el Laboratorio de Arqueología del Instituto de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de Colombia. Su informe se puede consultar en el apéndice B.

Me he beneficiado enormemente de la ayuda y la generosidad de una serie de arqueólogos que trabajaron en Pueblito y Ciudad Perdida hace muchos años. Una versión preliminar del manuscrito fue leída por doña Alicia Dussán de Reichel-Dolmatoff, quien a sus noventa años estaba dispuesta a discutir, cuestionar y criticar mis argumentos y conclusiones. Su generosidad intelectual se mantiene en la medida en que aún seguimos discutiendo y debatiendo cuál puede ser la mejor manera de llevar a cabo nuevas investigaciones en la Sierra Nevada. Paul Bahn tuvo la amabilidad de enviarme su informe sobre la expedición de la Universidad de Cambridge de 1973, la disertación de Krogzemis sobre la Geografía de la Sierra Nevada, y discutir sus hallazgos de hace tantos años. Luisa Fernanda Herrera de Turbay y Ana María Groot de Mahecha, quienes trabajaron en Ciudad Perdida en los

primeros años tras su descubrimiento, también han sido indefectiblemente generosas en su ayuda.

Como resulta común en toda América Latina, con el tiempo este proyecto se convirtió en una empresa familiar. Mis padres, Emilia Peláez y Javier Giraldo, siempre me han dado su apoyo incondicional en este largo y arduo proceso. Cuando comencé este proyecto, coincidió con la jubilación de mi padre y su traslado a Santa Marta. Su casa nos sirvió como oficina del proyecto, área de almacenamiento, estación de limpieza de cerámica, enfermería y centro logístico durante años. Siempre que surgía la necesidad, nos enviaba la comida y los suministros necesarios para mantener el proyecto en marcha. Mi hermana Lina fue dos veces a Ciudad Perdida, soportó una agotadora caminata de catorce horas por el barro y bajo la lluvia, y cruzó un río crecido de noche acompañándome en una travesía por la Sierra Nevada de Santa Marta. En Chicago tuve la suerte de ser adoptado por Terry Straus y su familia un Día de Acción de Gracias hace muchos años, y su amor y apoyo también han hecho posible este proyecto. Durante años, Natalia Sanz de Santamaría y sus padres, Alberto y Marta Inés Gómez, me han colmado de amor y afecto desde que me convertí en parte de su familia. Natalia, Marta y su grupo de caminantes, conocido como las *Patiguapas*, tuvieron la amabilidad de escuchar mis detalladas explicaciones cuando visitamos Ciudad Perdida, y me animaron en la fase final de la escritura. Comencé a escribir este libro mientras vivía en la ciudad jardín de Jackson Heights, Nueva York, el hogar de una gran población de colombianos que han transformado una buena parte de la comunidad utópica de Ebenezer Howard en un paisaje que evoca la patria querida. Está dedicado a mis hijos Martín y Pedro.

[19]

**1**

## *Introducción*

Una descripción de Zaira como es hoy debe contener todo el pasado de Zaira. La ciudad, sin embargo, no nos dice su pasado sino que lo contiene como las líneas de una mano, escrito en las esquinas de las calles, en las rejas de las ventanas, en las barandillas de las escaleras, las antenas de los pararrayos, las astas de las banderas, cada segmento marcado a su vez con rasguños, hendiduras, volutas.

Italo Calvino, *Las ciudades invisibles*

**Este trabajo examina** la constitución de la autoridad política y sus relaciones con varios procesos de transformación del paisaje entre algunas organizaciones políticas del norte de Colombia. Estas organizaciones políticas y sus predecesores, poco conocidos, modificaron activamente el paisaje de la Sierra Nevada de Santa Marta desde el 200 d. C. hasta su desaparición alrededor de 1600 d. C., por cuenta de la enfermedad, el desplazamiento y la guerra. Durante este tiempo, sin embargo, construyeron extensas redes de caminos y senderos enlosados, sistemas de irrigación y acueductos, terrazas para agricultura y grandes pueblos en piedra sobre un área montañosa que abarca más de 7 000 km<sup>2</sup>, nueve biomas diferentes y alturas que van desde el nivel del mar hasta los 3 000 m.

En ese sentido, este trabajo trata de contestar una pregunta aparentemente simple: ¿cómo sirve la producción de construcciones y estructuras urbanas, así como un paisaje particular creado por estos asentamientos y los senderos que los conectan, como instrumento político en esta sociedad? En efecto, ¿cómo se manifiesta el poder político en una sociedad que favorece los espacios abiertos entre las estructuras, las áreas sin cerramientos,

plazas y patios y unas estructuras unicelulares de forma circular u ovalada? ¿Qué otras formas de control espacial se manifiestan en estos patrones arquitectónicos?

Esta investigación se concentró en comparar la historia de los asentamientos, sus trazados, los cambios en la estructura y las transformaciones más amplias del paisaje asociadas a los sitios arqueológicos de Pueblito y Teyuna Ciudad Perdida entre 550 d. C. y 1650 d. C. El Parque Arqueológico Teyuna-Ciudad Perdida, o Ciudad Perdida, como lo conocen los viajeros que ascienden por la cuenca del río Buritaca durante tres días para llegar hasta allí, está situado en lo alto de las laderas del macizo. Sus 30 hectáreas de estructuras en piedra y tierra armada se extienden sobre un angosto filar y sus laderas a 1100 m de altura en la profundidad del Parque Nacional Natural Sierra Nevada de Santa Marta y el resguardo Kogi-Malayo-Arhuaco. Pueblito, por otra parte, está localizado a solo 2,4 km de la costa Caribe, en un pequeño valle a 250 m de altura. Sus estructuras, caminos y senderos empedrados se extienden a lo largo de las colinas costeras cubiertas por los bosques del Parque Nacional Natural Tayrona. Se eligieron estos dos sitios por varias razones teóricas y prácticas.

Por una parte, están localizados en áreas con características ecológicas y patrones pluviales diferentes: Pueblito, en las colinas cerca de la costa, con alrededor de 250 mm de lluvia anual, y Teyuna-Ciudad Perdida, en las laderas más altas, con más de 4 000 mm de lluvia anual. Con una arquitectura prácticamente idéntica, pero en ubicaciones por completo diferentes, esto contrastaba de manera evidente con el argumento de que los patrones arquitectónicos eran simplemente una adaptación ecológica, una posición común respecto de la arquitectura tairona (véanse Serje 1984; Wilson 1999). De otra parte, los dos sitios han sido investigados en el pasado, lo que permite un mayor grado de información contextual disponible y, por tanto, análisis más detallados, dado que este proyecto no excavó residencias ni otras estructuras domésticas. Y, finalmente, los dos están situados en áreas protegidas con un número creciente de visitantes cada año y, como arqueólogo investigador al servicio del Gobierno colombiano en ese entonces, era importante concentrarme en estos dos sitios más que abrir áreas nuevas que no podían protegerse.

Esta investigación sobre los taironas llena un vacío histórico en el conocimiento sobre la Sierra Nevada de Santa Marta y examina varios temas

antropológicas claves, además de ofrecer una contribución significativa a la arqueología tairona y la literatura arqueológica del norte de América del Sur. Hasta cierto punto, uno de los objetivos primarios de este trabajo era examinar un número de asuntos sin resolver y preguntas planteadas por académicos anteriores, así como integrar datos y resultados inéditos de proyectos previos. Además, aclarar la historia y las secuencias de construcción de ambos poblados puede ser igualmente valioso para proyectos futuros en estos sitios y en otras partes de la Sierra Nevada de Santa Marta, en cuanto les da a estos dos lugares una historia.

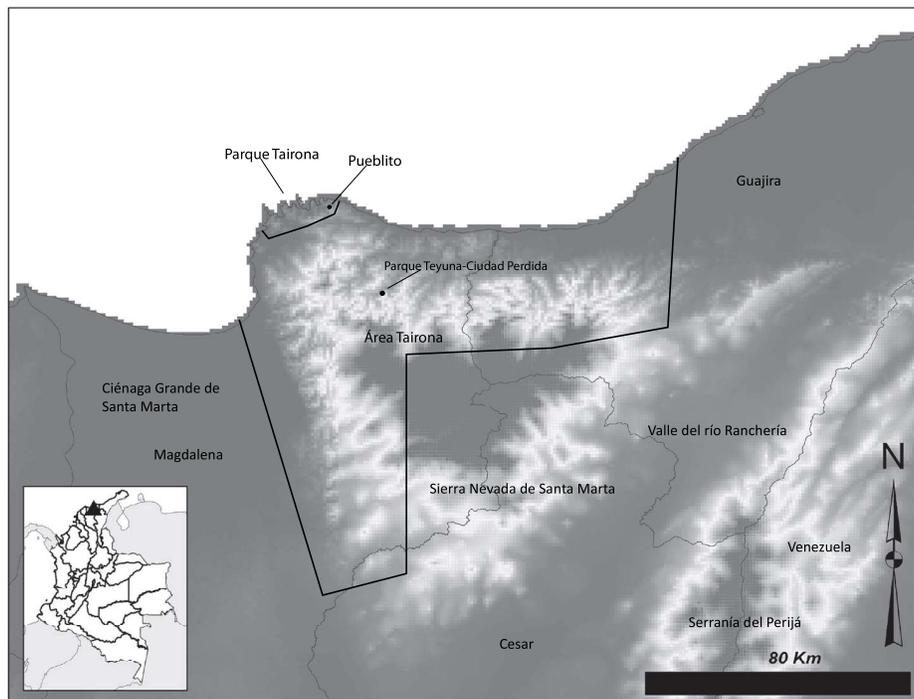
Esto también apunta a la necesidad de entender la historia específica de cada uno de los asentamientos, en vez de tratar de unir sus trayectorias y las de otros lugares en un gran esquema unificador. Al prestarle más atención a este punto podemos trazar las sutiles variaciones, los puntos de convergencia y las diferencias entre los dos pueblos y su relación, o falta de ella, con procesos más amplios. Esto es de especial importancia a la luz del hecho de que se han localizado más de 250 pueblos, aldeas y caseríos taironas hasta la fecha, pero la investigación arqueológica solo ha producido historias moderadamente detalladas de asentamientos para tres pueblos, incluyendo Teyuna-Ciudad Perdida y Pueblito. De manera más general, sin embargo, la investigación sobre estas sociedades es especialmente interesante a la luz de los recientes debates teóricos en arqueología, antropología y teoría social en general.

Hoy en día es ampliamente aceptado que el dominio del espacio es fundamental, más que epifenomenal, en la construcción del orden sociopolítico, máxime con relación a Estados modernos y antiguos. Numerosos estudios han mostrado la intrincada relación entre la arquitectura, la construcción de lugar, las varias formas de ordenamiento espacial y el poder político en diferentes lugares y tiempos (Appadurai 1986; Casey 1997; Cosgrove 1984; Foucault 2001; Giddens 1979, 1984; Harvey 1990, 2000, 2001, 2003; Lefebvre 1991, 1996; Mitchell 1994; Schama 1995; Scott 1998; Soja 1989, 2000; Zukin 1991). Para los arqueólogos que estudian procesos urbanos y la formación de organizaciones políticas antiguas, esta es una premisa analítica fundamental puesto que se piensa que las construcciones marcan grados variables de estratificación social, unidad y jerarquía política a través de complejos palacios, templos, patios, áreas residenciales, plazas y lugares de mercado y vecindades étnicas.



**Figura 1.1.** Localización de la Sierra Nevada de Santa Marta

Fuente: elaboración propia.



**Figura 1.2.** El área tairona, el Parque Nacional Natural Tayrona, Pueblito y Teyuna-Ciudad Perdida

Fuente: elaboración propia.

En contraste, este proyecto buscó entender la relación entre organizaciones políticas complejas tempranas cuyos asentamientos exhiben altos grados de complejidad arquitectónica y cualidades urbanas, pero cuya forma política —y con esto quiero decir lo que *eran* en términos de su evolución social— permanece indeterminada. No contesto esta pregunta ni lo haré, porque traslada el argumento al reino de los debates tipológicos interminables e improductivos característicos de los escritos sobre evolución social. Esta investigación desacopla la ecuación más tradicional y común adoptada por los arqueólogos desde el texto fundacional de V. Gordon Childe (1951) sobre la *revolución urbana*, donde solo los Estados producen ciudades o, a la inversa, las ciudades llevan al auge de los Estados. En contraste, este trabajo aspira a un entendimiento más sutil de los procesos de urbanización que se relacionan con fenómenos políticos, sociales o económicos sin importar la tipología política. Esta posición teórica está en contra, de forma explícita, del uso de modelos y tipologías de evolución social para dar cuenta de cualquier trayectoria social.

Sin duda alguna, sigo y construyo sobre los trabajos académicos de George Cowgill (2004), Roderick y Susan McIntosh (2003), Roderick McIntosh (2005), Timothy Pauketat (2007), Gregory Possehl (1998), Monica Smith (2003b), Adam T. Smith (2003) y Rita Wright (2002), que cuestionan la inherente causalidad que se presume existe en las formulaciones neoevolucionistas, y está a favor de enfoques más flexibles que examinan la variabilidad de las trayectorias socioculturales. Al descomprimir la categorización general impuesta y obligada por las tipologías y las categorías neoevolucionistas y permitir que la variabilidad social humana emerja completamente desplegada, se liberan conceptos útiles de las narrativas teleológicas y tautológicas inherentes a este modo de pensar. De ahí que incluso el uso de términos como pueblo, urbano, urbanismo, urbanización y conurbación, empleados a lo largo de este trabajo para describir estos dos asentamientos taironas y los procesos adjuntos que llevaron a su producción, obedece a un propósito analítico interpretativo más que a uno clasificatorio. Y, sobre todo, que el uso que hago de esos términos no debe tomarse como otro conjunto de tipologías relacionadas con una categoría esencialmente indefinible llamada *la ciudad*<sup>1</sup>.

---

1 Ofrezco al lector mi propio enfoque para estos términos en la segunda parte de esta introducción.

En consecuencia, esta investigación se concentró en entender cómo se puede ejercer la autoridad social y política dentro de una sociedad donde, en clara oposición a la arquitectura moderna y la de muchas otras sociedades, se favorece la arquitectura abierta, la construcción de baja densidad y el movimiento fluido e ininterrumpido, sobre el cerramiento, la exclusión, condiciones de vida de alta densidad y el uso de puertas y umbrales como formas de control. El trabajo de campo se diseñó explícitamente para localizar y explorar la historia de diferentes eventos de construcción y reconstrucción que llevaron al trazado final de cada pueblo hasta su abandono. La meta era determinar si estos pueblos adquirieron esas características a medida que se construían, durante un proceso de acreción lento y en su mayoría sin planificar, o, a la inversa, de manera brusca y rápida, a lo largo de intensos periodos de construcción planificada y direccionada que pudieran estar vinculados a programas políticos. La evidencia arqueológica sugiere una larga secuencia de crecimiento lento en ambos sitios, que comienza alrededor del 600 d.C. para Pueblito y del 650 d.C. para Teyuna-Ciudad Perdida, con un notable auge de construcción que ocurrió entre el 1100 y el 1200 d.C., en ambos sitios, que llevó a su trazado y estructura finales.

Al prestar atención a las historias detalladas de asentamiento, teorizo sobre los patrones de construcción tairona y su relación con diversos procesos sociales. Hago esto al analizar las maneras en las que se crearon y construyeron espacios particulares y ejes de movimiento dentro de los asentamientos. Este aspecto es muy importante porque dentro de la secuencia arqueológica local en esta área, parecía no haber un precedente definido para el uso extendido de la arquitectura en piedra evidenciado en periodos posteriores. De esta manera, si el crecimiento del asentamiento en los dos sitios fue rápido y abrupto, con trazados y senderos que respondían a una “plantilla espacial” compartida, ¿qué clase de cambios y prácticas sociales puede inferirse de esto?, y ¿qué indica la plantilla: un mapa cosmológico, relaciones geopolíticas más amplias, o tan solo una estética sociocultural particular? Volveré a estas preguntas cuando analice en detalle los dos sitios y las convergencias y diferencias en la secuencia de su construcción, trazado y estructura.

## ***Espacio, política y paisajes***

---

---

*Terra nullius. Terra incognita.* Espacio abstracto. Espacio vacío en el mapa. Reserva de la biósfera. Un vacío que debe ser llenado por los ciudadanos y el Estado. En *Cien años de soledad*, Macondo, ese pueblo fabuloso creado por Gabriel García Márquez<sup>2</sup>, tiene como frontera al oriente una montaña impenetrable y al occidente un pantano sin fin. La montaña es la Sierra Nevada de Santa Marta; el pantano la Ciénaga Grande de Santa Marta. Debido a estos accidentes geográficos tan vastos y en apariencia deshabitados, hay múltiples variaciones sobre este tema del vacío, la incapacidad de conocerlo y la impenetrabilidad, asociadas con este macizo particular desde tiempos coloniales. Vista a través de un lente diferente, la idea del espacio vacío resalta la naturaleza intensamente política de las percepciones alrededor de este accidente geográfico y las múltiples maneras en las cuales las diferentes intenciones se estrellan unas con otras. Porque es muy común en la literatura popular y de viajes sobre la Sierra Nevada seguir esos motivos de vacío con un plan definido que quiere colonizar, explotar, explorar, hacer mapas, civilizar o convertir este espacio vacío en un *lugar* legible y ordenado. No es casual que Macondo, situada al pie de la Sierra Nevada, espere todavía la llegada de la modernidad después de cien años de soledad. La Sierra Nevada de Santa Marta se percibe, entonces, como un espacio desprovisto de y por fuera de la modernidad, con su gente y sus lugares habitando un espacio-tiempo premoderno.

Lo que es notable sobre este modo particular de conceptualizar la Sierra Nevada de Santa Marta es cómo desmantela y borra el pasado de manera súbita y por completo, como si este paisaje no tuviera historia previa, no hubiera sido testigo de ningún otro esfuerzo por ordenarlo y darle forma social y política con algo distinto de lo que el Estado colonial español o su sucesor, el Estado colombiano, de 1820 en adelante, quisiera que fuera. Como señala Harvey en *París, capital de la modernidad* (2003, 1), esta idea de un rompimiento radical con el pasado constituye uno de los más grandes mitos

[27]

Introducción

---

---

2 “José Arcadio Buendía ignoraba por completo la geografía de la región. Sabía que hacia el oriente estaba la sierra impenetrable, y al otro lado de la sierra la antigua ciudad de Riohacha [...]” (García Márquez 1970, 10-11).

de la modernidad, y precisamente aquí la arqueología debe intervenir activamente para señalar, como Adam T. Smith (2003, 23) ha sugerido, la vacuidad de tal pretensión, que puede pensarse como “vino viejo en odres nuevos”. Pero aun si fuéramos a descartar las evidentes connotaciones políticas de tales discursos, también es importante entender que una representación particular de un paisaje siempre es cultural antes que natural, lo salvaje y silvestre, o incluso una *tabula rasa*. Es el trabajo de la imaginación humana proyectada sobre las piedras, los ríos y el bosque (Schama 1995, 61).

[28] Siglos antes de nuestro tiempo, los taironas habían dado forma a la porción norte de este paisaje quebrado para convertirlo en una compleja colcha de ciudades, pueblos y aldeas costeras, de pie de monte y en las laderas altas, completamente interconectadas y rodeadas de extensos cultivos de maíz, yuca, ñame y algodón. Después de su desaparición al final del siglo xvi y hasta el día de hoy, como Diana Bocarejo (2008) ha mostrado, los pequeños grupos de indígenas que han sobrevivido, junto con los minifundistas campesinos y los inmigrantes italianos y alemanes que llegaron más recientemente, han continuado formando y reformando este paisaje de manera significativa, de acuerdo con sus intenciones políticas y sociales. Todo esto para decir que la Sierra Nevada de Santa Marta es, y ha sido, por lo menos durante los últimos 2 000 años, un paisaje cultural altamente disputado, o en palabras de Henri Lefebvre (1991) y de David Harvey (1990), un espacio socialmente producido, antes que una *terra nullius* o *naturaleza prístina* desprovista de acción e intención humanas.

## Paisajes políticos

A pesar de que en la actualidad, es preciso decirlo, muchas áreas de la Sierra Nevada de Santa Marta están escasamente pobladas o permanecen cubiertas por la selva tropical, los reportes de los gobernadores, adelantados, capitanes y frailes que vivieron en Santa Marta o visitaron el área durante el siglo xvi tienden a estar de acuerdo: la Sierra Nevada de Santa Marta estaba densamente poblada y ampliamente cultivada en todas sus laderas y alturas. Gonzalo Fernández de Oviedo, uno de los primeros europeos que establecieron relaciones de comercio con estas organizaciones políticas (1855 [1992], libro vi, 140) menciona que “había mucho maíz

hermoso en los campos y muchos surcos de guayaba y anón y otras frutas [...] y muchas piñas”.

Los cronistas españoles también notaron el uso frecuente de canales y zanjas de irrigación: “en estos valles encontraron campos cultivados y estos campos se irrigaban a través de zanjas excavadas con orden admirable, no muy diferentes de aquellos que cultivan e irrigan aquellos de Lombardía y Etruria” (Oviedo 1855 [1992], libro I, 313-314). Al hablar sobre la población, fray Pedro Simón (1882, libro V, 218, 180, 182) menciona que “la tierra hervía de naturales” y que “aunque tan tosco, despojado y desigual está poblado por naturales, y muy poblado [...]”. Los españoles mencionan con frecuencia la arquitectura en piedra de los pueblos, los senderos enlosados bordeados de árboles y las largas escaleras que llevaban a los pueblos que estaban en las alturas de las laderas de la montaña. Aunque para los lectores contemporáneos la licencia poética de muchas de las descripciones de Juan de Castellanos (1601[1847]) las hace sospechosas, sus versos épicos evocan algo de la percepción española al encontrarse con tal paisaje:

[ 29 ]

*Introducción*

Tiene Bonda zavasas ampliadas  
Que cercan el compás de su frontera,  
Pero para llegar a sus moradas  
Habían de subir por escalera  
De losa bien compuestas y fijadas,  
Según que muestra la presente era  
Subir no puede quien caballo trajo,  
Y así siempre se quedan en lo bajo (parte II, canto primero, 261)

Poblaciones cercanas a los ríos,  
Con sus calles bien puestas y ordenadas,  
Fuertes y potentísimos buhíos,  
Y a las puertas grandísimas ramadas  
Para gozar del fresco de los fríos (parte II, canto primero, 264)

Escepto pasos, no tampoco llanos,  
Sino mesas que no son tan enhiestas;  
Mas escalones van hechos a manos  
(En lo que son insuperables cuestas

Que no pueden subir los pies humanos)  
De lajas grandes anchas bien compuestas.  
Y escalas hay que tienen reventones  
De mas de novecientos escalones

Muchas en estas sierras son mayores,  
Y en partes prolijisimas calzadas,  
No faltas de grandezas y primores  
Y de hermosas lajas enlosadas,  
Que arguyen gran potencia de señores  
Que solían tener sierras nevadas,  
Y en los remates dellas y recuestos  
Hay poderosos mármores enhiestos  
(segunda parte, relación, canto único, 255)

Su poesía apunta elocuentemente a una relación entre el poder, la autoridad política y la transformación del paisaje a través de un retrato de un territorio ordenado, legible, con textura y entrecruzado por amplios caminos de piedra y escaleras portentosas que conectaban los diferentes asentamientos entre sí.

Interpretaciones arqueológicas previas, sin embargo, tienden a favorecer un punto de vista según el cual el ambiente de la Sierra Nevada de Santa Marta era un telón de fondo estático al cual se adaptaron estas organizaciones políticas de manera mecánica, más que algo que ellas construyeron, transformaron y al que le dieron forma. Por ejemplo, los análisis iniciales de Margarita Serje (1984, 1987) sobre las prácticas arquitectónicas taironas en Teyuna-Ciudad Perdida argumentan que las terrazas de piedra, las losas y la construcción en general fueron un mecanismo adaptativo a las condiciones de abundante lluvia en el bosque húmedo tropical, punto de vista que David Wilson (1999) ha recogido también. No obstante, este argumento pierde mucho de su poder explicativo cuando se confronta con el hecho de que este patrón arquitectónico es común a todos los asentamientos taironas localizados hasta hoy, incluyendo los pueblos y las aldeas en alturas variadas con condiciones ecológicas y patrones de lluvia bastante diferentes.



**Figura 1.3.** Vista aérea del sector central y terrazas adyacentes de Ciudad Perdida  
Fuente: fotografía del autor.



**Figura 1.4.** Anillos del área occidental y complejo de terrazas de Ciudad Perdida.  
Nótese el sendero integrado hacia la izquierda  
Fuente: fotografía del autor.

En contraste, en este trabajo la relación hombre-medio se explora como un proceso dinámico donde los humanos intervinieron sus alrededores constantemente por una variedad de razones. Como sostiene Karen Metheny (1996, 384), lo que se describe usualmente como un “paisaje natural” es el producto de una reorganización consciente e inconsciente con propósitos económicos, religiosos, simbólicos, políticos o ambientales. Más aun, la investigación antropológica y arqueológica reciente señala que “el ambiente” o “la naturaleza” no se puede interpretar como un escenario o telón de fondo sobre el cual la acción humana se desenvuelve o al cual se adapta (Descola 1996; Dincauze 2000, xvii; Latour 2004). Si aceptamos, entonces, que los taironas y sus predecesores organizaron y reorganizaron activamente el paisaje de manera significativa, nos vemos forzados a preguntar: ¿cómo, cuándo y para qué propósitos?

Por las anteriores razones, esta investigación se ubica dentro de los debates actuales sobre la relación entre el paisaje y la política, y propone los paisajes como puntos de entrada clave hacia las formas en las que estos pueblos transformaron sus alrededores, así como hacia la relación entre la gente y el ambiente.

De acuerdo con Alcock (2002, 30), entiendo el paisaje como un concepto que abarca una multiplicidad de significados, todos los cuales giran alrededor de la experiencia, la percepción y la modificación humana del mundo. Paisaje entonces comprende el ambiente físico, los patrones de asentamiento, las fronteras, los campos, las ciudades, los accidentes naturales, los monumentos, los senderos, los lugares sagrados e incluso los recuerdos y los lazos afectivos que unen a las personas con lugares específicos. De esta manera, extiende y amplifica la utilidad analítica de las unidades geográficas tradicionales usadas por los arqueólogos, como *región* o *área*, al resaltar la construcción significativa del lugar en términos sociales y políticos.

En particular, esta investigación exploró la constitución de la autoridad política y su relación con procesos de transformación del paisaje en una variedad de escalas analíticas. La investigación arqueológica de Wendy Ashmore (1988, 1991), Barbara Bender (1993), A. Smith y David (1995), A. Smith (1999, 2003) y Tony Wilkinson (2003), igualmente ha resaltado la relación intrínseca entre prácticas políticas y la creación de paisajes particulares. Teóricos sociales como Henri Lefebvre (1991), Anthony Giddens (1979, 1984),



**Figura 1.5.** Imagen compuesta de la plaza occidental de Pueblito, senderos y estructuras circulares para festines y ceremonias. El diámetro de esta estructura es de 20 m

Fuente: fotografía del autor.

David Harvey (1990), W. J. T. Mitchell (1994), Edward Soja (2000), James Scott (1998), Yi Fu Tuan (1977) y Sharon Zukin (1991) han afirmado, en efecto, que el control sobre el espacio construido y sin construir es un componente crucial en la construcción de varias formas de orden sociopolítico. A pesar del hecho de que los cronistas españoles notaron esta relación e hicieron un esfuerzo por representarla en verso y en prosa, ninguna investigación previa se había ocupado de este conjunto de preguntas y observaciones entre los taironas. En ese sentido, este libro investiga la autoridad política tairona en términos de las clases de espacios que podía construir y crear (A. Smith 2003, 77), esto es, si el espacio construido, el urbanismo y otras formas de transformación del espacio en estas organizaciones políticas antiguas, como en muchas otras, eran instrumentales para la producción, la transformación, la legitimación o la subversión de la autoridad política, ¿cómo y cuándo fue así?



**Figura 1.6.** Escaleras centrales de Ciudad Perdida que conectan el sector norte del pueblo con el sector central. Las escaleras tienen una anchura de 3 m y aproximadamente 110 m de longitud

Fuente: fotografía del autor.

Las inferencias a partir de evidencia arqueológica que se presentan a lo largo de este trabajo siguen un camino analítico común establecido por Henri Lefebvre (1991, 31-39) y desarrollado más tarde por David Harvey (1990). Es la tríada conceptual que divide el espacio social en tres categorías entrelazadas dialéctica y socialmente: prácticas espaciales, representaciones del espacio y espacios representacionales. Las prácticas sociales son cualesquiera y todas las acciones concretas relacionadas con la construcción específica del espacio de una sociedad, esto es, cómo vivía, producía y se reproducía. Las representaciones del espacio se refieren a los múltiples modos en que

el espacio se concibe y se piensa como un modo para imponer orden. Los espacios representacionales tienen que ver con las múltiples maneras en las que se perciben los espacios, cómo se escribe sobre ellos, cómo se codifican de alguna u otra manera a través del arte y otras prácticas estéticas. Aunque esta teoría debería ser cohesiva, Lefebvre (1991, 40) advierte que casi nunca es por completo coherente dado que la tríada está en constante movimiento histórico. Así, debe decirse desde ahora que mi esfuerzo a través de estas categorías no está dirigido a producir una representación por completo coherente. Al explorar las prácticas espaciales en estos tres niveles, busco resaltar las tensiones y las discrepancias, así como los puntos de convergencia entre los espacios vividos, concebidos y percibidos.

A través de la exploración de las secuencias de construcción de los asentamientos, la manera en la cual ciertos espacios se ensamblaron o desensamblaron, se modificaron, se transformaron, o se borraron y se articularon uno con otro, sigo a Arjun Appadurai (1996, 180), Anthony Giddens (1984) y Akhil Gupta y James Ferguson (1992) para pensar sobre esas prácticas como momentos en una teleología-tecnología de localización y construcción de lugar. Se puede entonces pensar sobre estos momentos de transformación espacial como configuraciones específicas y temporales que muestran una variedad de procesos sociopolíticos. Estos pueden ir desde la producción de sujetos locales y el contexto de su producción, hasta la delimitación de campos agrícolas, la construcción de senderos específicos y ejes de movimiento y la demarcación de fronteras domésticas, comunales y sociopolíticas. Así, se otorgó especial atención a la localización e interpretación de prácticas recurrentes relacionadas con la construcción de espacios significativos social y culturalmente.

En suma, en este libro la constitución del espacio se asume como un proceso continuo y de final abierto que puede seguir una variedad de caminos, tanto espaciales como temporales, y que, finalmente, posee cualidades cambiantes en tiempos diferentes.

## **La cuestión del urbanismo, en general**

Como lo anoté líneas más arriba, una de las propuestas presentadas en esta introducción es que el urbanismo y la urbanización, entendidos de manera

amplia como los procesos socioculturales generales relacionados con una concentración conjunta de personas: arquitectura, economía, política o servicios religiosos e infraestructuras sociales, deben ser examinados en sus propios términos. Me refiero aquí a las múltiples prácticas y procesos que llevan a la aparición de esas entidades que llamamos *pueblos* y *ciudades*. Hasta aquí he mencionado varias veces que los asentamientos taironas tienen características urbanas y una *ciudad* que describiré y analizaré con más detalle en el desarrollo del libro, pero antes de continuar ofreceré al lector una definición de lo que entiendo por ciudad y cómo este caso particular se ajusta a la definición.

Hablar del urbanismo en el norte de América del Sur y en Colombia es ciertamente una rareza. No obstante, arqueólogos como John Alden Mason (1931, 1936, 1939), Henning Bischof (1971, 1983) y Gilberto Cadavid y Ana María Groot (1987), quienes llevaron a cabo investigaciones en Pueblito y Ciudad Perdida, han visto los asentamientos taironas como ciudades, o como pueblos grandes con características urbanas, y los tratan como tales en sus escritos. Henning Bischof (1971, 1983) incluso propuso, al inicio de sus investigaciones, la tesis de que las organizaciones políticas taironas podrían ser consideradas similares a las ciudades-Estado griegas. Antes que él, Paul Wheatley (1971), citando los escritos de Gerardo Reichel-Dolmatoff y Alicia Dussán (Reichel-Dolmatoff 1958), ha propuesto que los taironas estaban muy adelantados en su camino hacia una sociedad urbana. Margarita Serje (1987), antropóloga sociocultural y arquitecta que trabajó en Ciudad Perdida, también está de acuerdo con analizar los asentamientos taironas —de más de doscientas estructuras— como “centros urbanos regionales”. De esta manera, el asunto del urbanismo tairona se explora en este trabajo como una avenida productiva de investigación hacia el entendimiento de cuándo y cómo Pueblito y Ciudad Perdida adquirieron esas características que los arqueólogos que trabajan sobre los taironas perciben como *urbanas* y sus efectos sobre los habitantes. De hecho, al explorar la transición de *aldea* a *pueblo* en estas organizaciones políticas, busco elevar preguntas sobre la aparición de nuevas reglas y formas de cohabitación, tanto como el establecimiento de nuevos órdenes políticos en estos lugares.

El enfoque más común es hacer una lista de las condiciones necesarias, como Childe (1951), u ofrecer por lo menos una modesta definición como la

que George Cowgill (2004) trata de hacer en su artículo, donde señala que una ciudad es:

Un asentamiento permanente dentro del territorio más grande ocupado por una sociedad y considerado el hogar de un número significativo de residentes cuyas actividades, roles, prácticas, experiencias, identidades y actitudes hacia la vida difieren activamente de aquellas de otros miembros de la sociedad que se identifican más con tierras “rurales” fuera de tales asentamientos [...] un requisito necesario, si no suficiente, para que un asentamiento sea urbano, es una población de al menos unos pocos miles. (526)

En un volumen titulado *The Ancient City*, editado por Joyce Marcus y Jeremy Sabloff (2008), Colin Renfrew (2008, 31) encuentra esta definición apropiada, y podría pensarse que es una definición relativamente flexible y amplia para trabajar, aunque Cowgill (2004, 526) señala que hablar de *la ciudad* lleva a una cosificación y especialización de las categorías. Marcus y Sabloff, al contrario, no piensan que esto sea un problema. Ellos toman la afirmación de Monica Smith (2003b, 2) de que “las ciudades antiguas y modernas son el resultado de un rango limitado de configuraciones que estructuran la acción humana en poblaciones concentradas”, como si significara que “[...] si existe un rango limitado de configuraciones, un día puede ser posible una definición única de la ciudad sobre las que muchos estarán de acuerdo” (Marcus y Sabloff 2008, 19).

Pero, en lugar de ofrecer mi propia definición, o estar de acuerdo con Cowgill y Renfrew, o incluso estar del lado de Marcus y Sabloff en su búsqueda de una definición de *la ciudad*, me gustaría preguntar: ¿qué clase de categoría es *ciudad*? Marcus y Sabloff piensan que, con suficiente tiempo, recursos y casos de estudio apropiados, llegaremos algún día a una definición que finalmente diferencie las ciudades de las no ciudades, los miembros de los no miembros de la categoría, podríamos decir. Si llegan a ella, probablemente se unirá a las filas de las muchas definiciones de urbanismo y *la ciudad* que, frente a la aparición de una nueva configuración, de repente se vuelven lamentablemente insuficientes.

La postura que se adopta aquí es que, como los paisajes, *la ciudad* como una categoría analítica debe enfocarse con términos relacionales más

que absolutos. Esto es, no hay una única característica común que una todas las encarnaciones de esas entidades que reconocemos en nuestras vidas diarias (o académicas) como *ciudades*. Lo que nos permite reconocer las entidades llamadas *ciudades* como pertenecientes a la muy amplia —o borrosa— noción de *ciudad* es lo que Ludwig Wittgenstein (2001, §68) llamó una “complicada red de similitudes que se traslapan y se entrecruzan: algunas veces similitudes generales, algunas veces en detalle” o un “parecido familiar”<sup>3</sup>. Aunque la proposición de Wittgenstein sobre el parecido familiar se aplica en esta instancia a la categoría *juegos*, podemos aplicarla fácilmente a las ciudades. En este sentido, el concepto de *ciudad* no está circunscrito y no tiene fronteras, ni términos absolutos que deban respetarse. De hecho, como muestra el constante cambio de los criterios “necesarios y suficientes” para ser miembro de *la ciudad* entre urbanistas, geógrafos, arqueólogos y sociólogos, es increíblemente difícil llegar a una definición absoluta que incluya a Tikal del siglo VIII, Sao Paulo del siglo XXI, Mohenjo Daro de alrededor del 2500 a. C. y Black Rock City, Nevada, en su versión 2009<sup>4</sup>. Sin embargo, a pesar de la ausencia de tal definición, todas ellas son ciudades, de una u otra manera.

Si seguimos a Wittgenstein y rechazamos el esencialismo problemático evidente en esos esfuerzos de producir una definición totalizante y aplicable universalmente, nos podemos acercar a la ciudad como una red de relaciones y complejas y múltiples conexiones que se extiende en el tiempo y el

---

3 El uso del parecido familiar para explorar el problema de pocos aspectos en común fue señalado hace algún tiempo por Rolph Trouillot (1992) en su artículo sobre la región Caribe como objeto de estudio. Lo que señala su artículo es que abandonar la búsqueda de aspectos en común, o fijar los aspectos en común que deban compartirse en todas las unidades de análisis, abre una cantidad de posibilidades analíticas e interpretativas.

4 Black Rock City es una ciudad efímera que se construye y después de ocho días se desarma completamente en el desierto Black Rock, Nevada, con ocasión del Burning Man Festival. Más que cualquier otro ejemplo, denota y evoca la naturaleza conceptual de “ciudad” como una categoría con infinitas permutaciones limitadas solamente por la imaginación humana. No es permanente ni se considera el hogar de ninguno de sus más de 48 000 residentes ocasionales, pero crea una comunidad. No excluye a nadie, excepto a los que no están ahí esa semana, y acoge a todos los “otros”. Es siempre la misma y siempre diferente. Tiene una oficina de correos y un código postal, 89412. También es muy desafortunado para los arqueólogos que desde el comienzo sus creadores se acogieron a una “filosofía de no dejar rastro”, por tanto, no puede excavar se aun cuando puede hallarse en los mapas de Google. Más información en [www.burningman.com](http://www.burningman.com)

espacio. Lo que hace de todas estas entidades una *familia* es que en algún punto fueron percibidas como ciudades porque compartían una o más características con una o más entidades que también eran percibidas como ciudades, y así sucesivamente. De esta manera, si *ciudad* es un concepto relacional que está en constante movimiento en el tiempo y el espacio, las configuraciones que puede asumir son potencialmente infinitas y no limitadas, como lo indican Mónica Smith (2003b, 2) y Marcus y Sabloff (2008, 19).

¿Acaso la falta de una definición exacta, como las que prefieren estos arqueólogos, desautoriza el uso del concepto de modos productivos? En realidad, no, porque lo requerido para la presentación de los argumentos que componen esta investigación es exactamente un concepto con los límites difusos. ¿Acaso no sabremos de qué hablamos? Con seguridad todos los lectores sabrán a lo que me refiero cuando lean *pueblo* o *ciudad*. Mónica Smith (2003b, 9) argumenta que este enfoque se apoya en la intuición, en el tipo de respuesta “sabremos lo que es cuando veamos una”. Pero eso no es lo que Wittgenstein dice ni lo que yo trato de hacer aquí. Conceptos como *juegos*, *ciudades* o *relatos* no requieren que definamos su naturaleza exacta antes de que empecemos a usarlos, ya que una idea burda de lo que son nos sirve igualmente bien y nos permite reconocer un juego, una ciudad o un relato en cualquiera de sus múltiples permutaciones y encarnaciones.

Entonces, ¿qué me permite afirmar que los asentamientos taironas son pueblos y que su surgimiento en el paisaje de la Sierra Nevada debe ser visto y analizado como una instancia de urbanismo? Permítaseme presentar algunos extractos de la descripción de Pueblito de John Alden Mason como lo percibió en 1922:

La mayoría de los múltiples sitios de casas están sin excavar, las características arquitectónicas no se han modificado. La ciudad cubre una gran área pero toda en un terreno montañoso, cubierta de selva e interceptado por muchos arroyos, tributarios de la quebrada principal que desemboca en el mar cerca del cabo (Cabo San Juan Guía) [...] un camino principal conduce por el arroyo arriba desde el cabo pero es prácticamente impasable hoy. Varios caminos o senderos más pequeños van por las montañas. Al acercarse a las afueras de la ciudad, se pueden ver pequeños sitios con terrazas y muros de contención y numerosos caminos y senderos, algunos cruzan los pequeños arroyos con puentes.

Al llegar a lo que era aparentemente el centro del antiguo pueblo, el camino aumenta en tamaño y calidad, alcanzando en algunos lugares una anchura de 3 m. Los escalones están completamente empedrados con lajas planas [...] A lo largo del borde de este camino, en una línea curva en la base de la montaña, yacen 13 grandes bloques de piedra oblongo-rectangulares perfectamente cortados y ornamentados. Los tres finales, aunque similares a los otros, forman los escalones de abajo de una escalera que asciende desde la plaza de este nivel a un nivel más alto donde se encuentran los sitios circulares VII y VIII. Esta escalera es amplia y excelentemente hecha en la base [...]. (1931, 61-113)

Nótense las palabras: ciudad, caminos, terrazas, muros, puentes, plaza, escaleras, sitio circular. Téngase en cuenta que esta es la primera persona que produce una representación de un pueblo tairona en trescientos años, que es un arqueólogo y que, en 1931, cuando se publicó el primer reporte de su expedición, había estado trabajando intensamente en Chichén Itzá, Uxmal y Palenque.

Añadamos que los arqueólogos Gerardo Reichel-Dolmatoff y Alicia Dusán de Reichel-Dolmatoff, que trabajaron allí entre 1946 y 1950, condujeron un estudio topográfico preliminar y encontraron que estas estructuras se extienden a lo largo de 2 km<sup>2</sup>. Avancemos rápido hacia 1975. Los arqueólogos Luisa Fernanda Herrera y Gilberto Cadavid han casi completado un gran estudio topográfico de las laderas norte y occidente de la Sierra Nevada de Santa Marta, localizado y documentado 211 sitios con características similares que van desde unas pocas terrazas y construcciones circulares, caminos de piedra y escaleras hasta pueblos grandes como Pueblito que sobrepasa las 100 ha. El sitio 200, encontrado en este estudio, o Buritaca 200 como se llamaba entonces, es Ciudad Perdida que comprende más de 30 ha de terrazas en piedra, construcciones circulares y ovaladas, escaleras y caminos y senderos enlosados. De acuerdo con Groot (1985) y Cadavid y Groot (1987), los niveles de elaboración encontrados en Ciudad Perdida, en comparación con los otros veinticinco asentamientos encontrados en un radio de 7 km indicaban que era el centro de la autoridad política, social y económica en la cuenca alta del río Buritaca. También sugieren que Ciudad Perdida era el hogar de una población élite compuesta por líderes civiles y religiosos, guerreros y especialistas, con producción agrícola concentrada

en estos asentamientos satélites (Groot 1985, 96). Aunque estos argumentos están todavía sin confirmar y se requiere más investigación en los asentamientos externos, reconocieron en su tejido y textura, en la disposición de sus edificios, en sus senderos y escaleras enlosados un número de cualidades característicamente urbanas.

En resumen, John Alden Mason reconoció Pueblito como un pueblo, o una ciudad si se quiere. Los pescadores que lo llevaron lo llamaban Pueblito, y arqueólogos subsecuentes, después de encontrar un número significativo de asentamientos similares, también los llamaron pueblos y reconocieron sus cualidades urbanas. Así que quizá no estemos hablando de intuición y estas entidades sí pertenecen a la categoría amplia, difusa y en últimas indefinible de lo que llamamos *ciudades*.

Al tratarlas como configuraciones urbanas, lo que involucra un gran número de cambios sociales, económicos y políticos, podemos examinar la aparición de estos asentamientos de modos más matizados y complejos que si los relegamos al callejón sin salida de *cacicazgos* anómalamente grandes, inusualmente densos y extrañamente elaborados que los enfoques neoevolucionistas como los de Alejandro Dever (2007) y Carl H. Langebaek (2005) proponen para los pueblos taironas. Esta posición sobre el urbanismo y el desacople de las ciudades y los Estados abre varias líneas productivas de investigación dentro del proyecto más amplio de una arqueología comparativa de organizaciones políticas complejas tempranas. Por ejemplo, está el asunto del urbanismo sin Estado que mencioné antes, algo que en el futuro puede permitir mayores comparaciones entre los pueblos taironas y aquellos estudiados por Roderick y Susan McIntosh en Nigeria central o por Gregory Possehl en el valle del Indo. ¿Qué puntos en común y qué diferencias podemos encontrar al comparar estos casos y sus trayectorias variables con el urbanismo sin Estado? En términos de patrones urbanísticos, localización y arquitectura, los pueblos taironas parecen ser muy similares a los pueblos chachapoyas en Perú, ignorados por la literatura arqueológica sobre los Andes del norte quizás a causa de esta arquitectura por completo desconocida.

Algunas de las características comunes que se pueden mencionar sobre las similitudes entre los asentamientos chachapoyas y taironas son: extensas terrazas de tierra armada sobre laderas y cimas de las montañas, estructuras circulares y unicelulares y patrones de circulación irrestricta.

¿Qué patrones sociales podemos inferir de la estructuración del espacio de algunas sociedades a través de una arquitectura de formas redondas y no ortogonales?

Un beneficio adicional de esta postura es que los arqueólogos no tienen que sentirse analíticamente incómodos por llamar pueblos o ciudades a estos asentamientos que no se ajustan a las definiciones restrictivas de una manera u otra, lo que también lleva el análisis más allá de la etapa de *es o no es*. Considérese, por ejemplo, el uso constante que hace Ian Hodder (2006) de las comillas sencillas cuando se refiere a Çatalhöyük como un ‘pueblo’ porque al no tener estructuras construidas que puedan pensarse como espacios *administrativos* o *públicos*, no puede llamarlo un pueblo. De nuevo, al pensar sobre la ciudad como un concepto relacional, un asentamiento no necesita tener administración centralizada, ni siquiera descentralizada, para poder analizarse como tal. En resumen, al pensar sobre nuestras categorías en términos relacionales y abrir la investigación hacia la variabilidad, la comparación y la incertidumbre, nos movemos más cerca de una arqueología social posevolucionista, realmente productiva de la vida política, tal como la que visualizó Adam T. Smith (2003, 273).

## Arquitectura, estatus y control en los pueblos taironas

Como lo mencioné brevemente en los últimos párrafos de la sección precedente y en otras partes de esta introducción, una preocupación adicional de este trabajo tiene que ver con la exploración de los posibles vínculos entre el espacio arquitectónico y el poder social y político en Ciudad Perdida y Pueblito. Este aspecto particular no ha sido bien estudiado ni analizado en los taironas, al punto de que, fuera de los estudios iniciales y muy preliminares de Serje (1984, 1987) y las tipologías de terrazas y senderos de Cadavid y Herrera (1985), no sabemos nada sobre las maneras en que la arquitectura tairona pudo expresar o producir diferencias sociales; sobre si era o no usada para ejercer control social; si produjo, legitimó o formó el poder y la autoridad en estas sociedades. En esta parte de la introducción, entonces, me refiero a algunos asuntos teóricos clave respecto de cómo fueron examinados estos temas en Pueblito y Ciudad Perdida. Desafortunadamente,

hay una casi completa falta de literatura arqueológica sobre el tema para el norte de América del Sur, razón por la cual me refiero a un rango mucho más amplio de estudios académicos antropológicos para analizar las diferentes características de los patrones arquitectónicos taironas. La utilización de ejemplos predominantemente andinos para ilustrar algunos puntos se basa en la expectativa de que son familiares para muchos arqueólogos, aunque muchos otros casos de la literatura arqueológica y antropológica son igualmente aplicables.

Como hace algún tiempo afirmaron Denise Lawrence y Setha Low (1990, 453; véase también 2003) en su artículo sobre el ambiente construido, la antropología se ha interesado en la relación entre formas construidas y sociedad y cultura desde por lo menos el siglo XIX, y la naturaleza precisa de esta relación se ha estudiado a través de numerosas perspectivas teóricas. Para los arqueólogos, en general, los estudios seminales y las monografías de Richard McC Adams (1965, 1966), Gordon Childe (1951), Gideon Sjöberg (1960), Julian Steward (1955), Paul Wheatley (1971) y Karl Wittfogel (1957) marcan una línea divisoria que ha llevado a los académicos hacia investigaciones más teóricas y analíticamente sofisticadas sobre la arquitectura antigua, en especial cuando se consideran los edificios públicos, templos y palacios como expresión de poder.

La arqueología del Nuevo Mundo hace tiempo está interesada en explorar la relación entre las construcciones, el poder y la diferenciación social, una tendencia que ha producido crecientes cantidades de literatura sobre el tema en años recientes, sobre todo para los Andes y Mesoamérica. En los Andes, sin ir más lejos, una rápida revisión muestra estudios sobre Chan Chan (Kolata 1982, 1990; Moore 2003; Moseley 1975; Moseley y Day 1982), Tiwanaku (Berman 1994; Couture 2002; Janusek 2004, 2008; Kolata 1986, 1991, 1993), Huari (Isbell y McEwan 1991; Nash y Williams 2004), y el mundo andino en general (Moore 1996), que examinan las varias maneras en que la arquitectura refleja, es instrumental, recuerda, legitima, forma o transforma las relaciones de poder y autoridad. Dos volúmenes sobre palacios y poder con estudios de caso a través de las Américas, uno editado por Joyce Christie y Patricia Sarro (2006) y el otro por Susanne Evans y Joanne Pillsbury (2004), también demuestran un interés renovado en proyectos comparativos más amplios que se ocupan de estos asuntos.

Todos los estudios mencionados han producido importantes percepciones sobre las maneras en que las formas construidas se sitúan en la intersección entre el poder y la autoridad. Estas investigaciones no solo examinan cómo los gobernantes y las élites pueden haber podido ordenar la construcción de edificios públicos y estructuras monumentales, palacios y residencias en múltiples formas, sino también cómo el diseño arquitectónico produce, aumenta o incrementa de maneras muy concretas la percepción de orden, poder y autoridad. A pesar de las dificultades analíticas obvias y del amplio rango de variación en técnicas y estilos arquitectónicos, los estudiosos han establecido un número de características sobresalientes que permiten la identificación y el análisis de esta relación.

Por supuesto, está el asunto del trazado, la forma del asentamiento y la orientación, que se relaciona con las maneras particulares en que un pueblo o ciudad fue concebida y si esta estructura y la ubicación de varias construcciones reflejan un orden particular social, moral o cosmológico. La identificación de complejos de palacios y templos, las residencias y barrios para la élite, junto con sus características estéticas definitorias, versus las residencias de la gente común o de estatus más bajos, usualmente han servido muy bien como un marcador de diferenciación social. También, la localización de tipos particulares de construcciones, grupos de construcciones o monumentos usualmente apunta a su importancia relativa y aquella de la gente que vive en ellos, junto a ellos o trabaja en ellos dentro de una sociedad. Ejemplos de estas relaciones entre la diferencia social y el espacio construido abundan en la literatura arqueológica, con ubicaciones específicas dentro de los asentamientos que se asignan a ciertas porciones de la población. La división espacial de Cusco entre Hanan y Hurin es uno de los ejemplos más obvios. O para el caso, las ciudadelas amuralladas de Chan Chan con sus rutas de acceso restringidas y múltiples habitaciones, organizadas de manera rectilínea y rectangular, con pequeños vecindarios residenciales localizados en las áreas periféricas (Moseley 1975; Kolata 1990). Todas estas características sugieren diferentes usos de la arquitectura como un medio para expresar y crear la diferencia social a través del uso de espacios exclusivos.

Los patrones arquitectónicos taironas, por otra parte, presentan un singular reto analítico de muchas formas porque una de sus características más sobresalientes es su calidad espaciosa, en apariencia informal, de

plano abierto, curvilínea y de baja densidad. Al contrario de la mayoría de otras ciudades tempranas estudiadas por los arqueólogos en las Américas o en otras partes, donde las habitaciones cuadradas o rectangulares junto con paredes de adobes, corredores y puertas, se usan para parcelar, dividir, subdividir y restringir el espacio construido, los asentamientos taironas hacen uso de terrazas abiertas sin divisiones amuralladas y hacen énfasis en la redondez en las estructuras construidas. La evidencia de los artefactos, así como una proporción más alta de granito o esquisto finamente cortado y organizado para los cimientos de los anillos, estructuras más grandes y procedimientos de ingeniería para la estabilización de una estructura sobre las laderas, indican que las áreas centrales eran en efecto más importantes que las otras, pero no hay una segregación espacial directa con las otras partes del asentamiento. No hay puertas ni portones, pasajes restringidos, o corredores laberínticos que físicamente restrinjan el acceso a alguna estructura dentro de los pueblos. De hecho, no hay muros del pueblo ni cerramientos para defensa. Las terrazas tienen múltiples puntos de acceso y las estructuras redondas tienen dos y a veces tres entradas, pero inclusive estas construcciones no tienen puerta. Documentos del siglo xvi señalan que múltiples hileras de conchas se colgaban en los portones porque a los taironas les gustaba el sonido que hacían al chocar una contra otra. Sucinatamente, parecería como si estas organizaciones políticas hubieran puesto énfasis sobre la permeabilidad, la publicidad, el movimiento continuo y la interconexión entre el espacio construido más que sobre aquellas características con las que estamos más familiarizados: impermeabilidad, restricción, una clara demarcación de los espacios públicos y privados y exclusión.

Las preguntas planteadas al comienzo de esta introducción se vuelven algo más complejas. Dada la naturaleza abierta de estos asentamientos, donde todas las estructuras están interconectadas unas con otras a través de senderos y escaleras y no existen restricciones físicas al acceso a una estructura o movimiento dentro de pueblo, ¿qué clase de relaciones sociales se reflejan aquí? ¿Cómo pueden controlarse los espacios dentro de un asentamiento si las terrazas de las estructuras son accesibles desde múltiples puntos y senderos? ¿Esta clase de arquitectura necesariamente implica informalidad y falta de control sobre el espacio? No. Lo que parece señalar es que, antes que buscar controlar el acceso a ciertos espacios, que es lo que hacemos con muros y puertas, portones y guardianes, este pueblo

se concentraba en el control de las maneras en que una persona pudiera moverse *a través* del espacio. Por una parte, los senderos, las escaleras y las aceras usadas para circulación en sitios como Ciudad Perdida o Pueblito no parecen haber sido construidos como una idea tardía después del proceso de construcción, porque las losas de los senderos y aceras no se apoyan contra los muros de las terrazas. De hecho, las losas se extienden por debajo de los muros, lo cual indica que es muy probable que los senderos de circulación se determinaran y construyeran antes que los muros de piedra. Además, uno *debe* quedarse sobre los senderos construidos para poder llegar a un asentamiento o moverse dentro de él. Los senderos de entrada que llevan a Pueblito y Ciudad Perdida fueron trazados sobre un terreno extremadamente quebrado. Por ejemplo, la escalera de 1.380 escalones que lleva desde el río Buritaca hasta el primer núcleo de terrazas residenciales en Ciudad Perdida sube unos 450 m (de 800 a 950 m s. n. m.) sobre una inclinación de 60%. Dentro de los asentamientos, la gente debe caminar sobre los senderos y escaleras enlosadas para llegar a las estructuras, o si no corre el riesgo de caer por las inclinadas laderas y el terreno accidentado característico de esta área montañosa.

Lo que me gustaría señalar aquí es que la relación entre poder y espacio en los pueblos taironas puede ser explorada de manera más amplia si consideramos lo que Harvey (1990) llama el manejo de la fricción, o el grado de esfuerzo requerido para cubrir distancias. En este sentido, algunas formas de poder y estatus en estas sociedades pueden, de hecho, surgir de la construcción de aquellos senderos requeridos para reducir distancias y el esfuerzo de atravesar los terrenos extremadamente accidentados. Esto se evidencia en la manera en que las áreas centrales dentro de pueblos como Pueblito y Ciudad Perdida, con sus plazas, patios y construcciones para festines/ceremonias se conectan por muchos senderos con terrazas cercanas y áreas externas. Su diseño, con múltiples senderos que se irradian hacia afuera, evoca los principios de convergencia y centralidad, orientados a dirigir el movimiento y las personas hacia el centro de la ciudad. De esta manera, los patrones de construcción y circulación tairona se parecen a otros casos etnográficos donde las construcciones circulares y las áreas centrales destinadas a ceremonias, fiestas y vida política e intelectual

dentro del asentamiento marcan tendencias centrípetas más amplias<sup>5</sup>. Entre ellos, los grupos indígenas que actualmente viven en la Sierra Nevada de Santa Marta y la importancia de la *nuhue* de muros circulares con forma de domo, y la *cansamaría*<sup>6</sup>, localizadas centralmente dentro de los pueblos donde la mayoría de la vida política y religiosa tiene lugar (Krogzemis 1967, 150; Reichel-Dolmatoff 1985, Uribe 1990). También son evidentes amplias similitudes con las viviendas muiscas arqueológicamente documentadas (véanse Boada 1988; Henderson y Ostler 2005), exceptuando la presencia de empalizadas y cercados que rodean las habitaciones del gobernante, ausentes entre los taironas.

La abundancia de senderos claramente marcados, enlosados y demarcados que van y vienen por todas las áreas del asentamiento, también implica que para estas personas la conexión pudo ser un valor social más importante que la exclusión. Lo que es más intrigante sobre este caso es que nos fuerza a pensar cómo el estatus, el poder o ciertas formas de control social pueden manifestarse a través de las formas arquitectónicas abiertas, permeables y aparentemente no restrictivas. En pueblos como estos, todo el mundo estaría a la vista de los demás, y las élites antes que estar escondidas o retiradas, tal vez estaban a la vista. Esto coincide muy bien con ciertas características de las sociedades taironas documentadas en el siglo xvi que sugieren una inclinación hacia el adorno y el embellecimiento corporal, representada en ornamentos de oro y plumas de todo tipo, sartas de cuentas, tembetas o bezotes labiales y finas mantas de algodón (Reichel-Dolmatoff 1951). Más aún, es muy posible que la falta de muros que separaran a las élites de los comunes hiciera que la interacción diaria entre personas de estatus diferentes estuviera mediada por un número de normas y reglas sociales elaboradas respecto del contacto visual, la posición del cuerpo, mirar hacia las viviendas de otras personas, entrar a un complejo de terrazas y la circulación dentro de ciertas áreas.

En este sentido, el análisis sigue un camino opuesto, una lógica al revés, si se quiere, que la mayoría de otros estudios que tienen que ver con la relación entre espacio, poder y autoridad. Donde otros estudios se concentran en los

---

5 Véase Fernández 2003 [1984] para un análisis de las tendencias centrífugas y centrípetas en la arquitectura Zulu y Fang.

6 Casas y templos para las reuniones de los hombres.

niveles de cerramiento, la restricción de los senderos y los puntos obstruidos para medir los niveles del control social, este se centra en la amplitud, la mayor densidad de los senderos y los crecientes niveles de conexión ininterrumpida para evaluar la importancia relativa de cierta área. Exploro las maneras en que los niveles mayores de conexión implican que un sector o unas estructuras particulares son más importantes y marcan un nivel más alto de estatus social que las estructuras aisladas y de difícil acceso.

## ***El proyecto***

---

---

### **Breves notas sobre los métodos**

Para satisfacer el amplio rango de objetivos, la investigación de campo se concentró en el uso de líneas de contraste entre la evidencia arqueológica, paleoecológica y documental que pudiera usarse para comparar estos aspectos en los dos sitios arqueológicos. Por ejemplo, un primer problema que debía superarse era que no había mapas precisos ni datos topográficos de Pueblito que pudiéramos usar para calcular el número de estructuras y la extensión real del sitio. Mapas e ilustraciones muy precisas y confiables se hicieron para Ciudad Pérdida entre 1976 y 1984, pero para aquellos arqueólogos que trabajaron en Pueblito durante la década de 1940 la tarea fue demasiado difícil de completar, debido al denso bosque y la accidentada topografía. Para poder comparar el trazado y la estructura de los dos pueblos, la información topográfica y arquitectónica tenía que producirse a través de intensos trabajos topográficos. Esta fase de la investigación, que significó explorar casi todos los rincones del terreno montañoso en el cual estaba emplazado el pueblo, también produjo información muy detallada sobre aspectos sutiles, a menudo ignorados, de las maneras en que el paisaje pudo haberse percibido. Por ejemplo, se encontraron unas áreas de cavernas, algunas con petroglifos que describen genitales femeninos, y otras con grandes cantidades de cerámica.

En el capítulo 3 ofrezco un detallado recuento del estudio topográfico, sus resultados y las estrategias que se usaron, pero baste decir que fueron

necesarios cinco meses y medio para que el proyecto pudiera hacer un mapa de aproximadamente 70 ha de bosque con restos arqueológicos. Esta área, sin embargo, no comprende la extensión completa del pueblo y en el futuro se va a requerir trabajo topográfico adicional.

Paralelamente a este detallado estudio arquitectónico y topográfico, se diseñó una estrategia de muestreo usando pruebas de pala para producir información cronológica relativa a las secuencias de construcción en las estructuras de terrazas. Por medio de esta estrategia de muestreo, el proyecto pudo determinar cuáles estructuras de terrazas mostraban evidencias de otras ocupaciones y estructuras más tempranas que pudieran ser objetivos de excavación para el proyecto. De esta manera, se produjo una composición burda respecto de qué partes del asentamiento se habían construido durante periodos de tiempo específicos y qué estructuras tenían estructuras subyacentes adicionales, dándonos también una idea del *tempo* general de construcción. En la próxima sección de este capítulo explicaré esta idea con más detalle, pero por el momento permítaseme decir que está relacionado con las velocidades relativas con las que ciertas partes del pueblo se construyeron y lo que esto puede decir sobre la relación entre el poder político, el espacio construido y la transformación del paisaje.

Una fase final de investigación en Pueblito comprendió el uso de pequeñas excavaciones en aquellas áreas donde se encontraron ocupaciones subyacentes. Con el uso de trincheras de 2 x 1 m, las alteraciones a las estructuras visibles de ambos sitios fueron mínimas, y al mismo tiempo nos permitían determinar la naturaleza de los depósitos enterrados detectados durante el muestreo. De esta manera, el proyecto recuperó información importante sobre estructuras subyacentes, estratos e incluso prácticas de construcción del lugar. A través de estas excavaciones se detectaron los niveles de terrazas, muros de contención, escaleras y habitaciones que evidenciaban eventos de reconstrucción y construcción. También se recuperaron vasijas para cocinar y beber, así como hachas de piedra pulida, cuentas de cuarzo y cornalina, y objetos de oro depositados intencionalmente durante las fases de la reconstrucción, muy probablemente como parte de eventos propiciatorios y protectores vinculados a las estructuras nuevas.

Una vez se completó todo el trabajo de campo en Pueblito, llegó el momento de seguir con Ciudad Perdida. Un programa más pequeño y menos

extenso de muestreo y excavación se diseñó para este sitio, basado en el análisis preliminar de los materiales excavados en Pueblito. Las excavaciones en Ciudad Perdida también evidenciaron la existencia de estructuras y ocupaciones enterradas que datan de periodos anteriores. Estos son hallazgos verdaderamente importantes, dado que el extenso trabajo de excavación y restauración durante los últimos años de la década de 1970 y los primeros de la de 1980 no había encontrado huellas de excavación de construcciones o terrazas más tempranas. Entonces, se localizaron en las áreas que parecían tener ocupaciones y estructuras subyacentes, pequeñas trincheras y pozos de excavación, con el propósito más amplio de comparar las diferencias y similitudes en los patrones de crecimiento del asentamiento, la reconstrucción y las prácticas de construcción de lugar en los dos pueblos.

La información sobre secuencias y *tempo* de construcción, direccionalidad e historia del asentamiento recuperada a través de estas excavaciones se interpretó y analizó en conjunto con evidencia paleoecológica para caracterizar mejor las transformaciones más amplias del paisaje. Una de las muchas preguntas que los académicos se hacen sobre los asentamientos taironas tiene que ver con los momentos específicos en el tiempo cuando la gente que vivía en ellos empezó a convertir las áreas de bosque en áreas cultivadas. Adicionalmente, una ausencia de datos paleoecológicos en los asentamientos de la costa impidió cualquier comparación con sitios como Ciudad Perdida, donde la investigación palinológica previamente mostró extensas alteraciones en las áreas boscosas. El análisis de fitolitos de las muestras de tierra tomada de las capas más tempranas de ocupación sugiere que las transformaciones del paisaje en los grandes sitios de la costa, como Pueblito, pueden compararse con aquellas encontradas en los sitios a mayor altura.

Finalmente, el detallado estudio arquitectónico de Pueblito, utilizado en conjunto con el que estaba disponible de Ciudad Pérdida, hizo posible comparar el trazado, la estructura general y los patrones de circulación para ambos pueblos. Este análisis sugiere la existencia de ciertas regularidades y principios de diseño que se usaron al planear el trazado, y los patrones de circulación que hacen énfasis en la permeabilidad espacial, la conexión con las áreas centrales y la disolución de lo que nosotros consideramos espacios públicos y privados.

## La arqueología tairona y el público

La investigación en Ciudad Perdida había llegado a un punto muerto hace más de veinte años, por varias razones, una de las cuales fue la percepción indígena de que los arqueólogos eran una forma de saqueadores autorizados por un diploma universitario. En años recientes, una de las prioridades del Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH)<sup>7</sup> fue reactivar las investigaciones en la región y específicamente en el Parque Arqueológico Teyuna-Ciudad Perdida a través del financiamiento y apoyo de este proyecto.

Como arqueólogo investigador que trabajaba para el ICANH y más adelante como director encargado del parque arqueológico, el proyecto adquirió connotaciones cada vez más importantes, no solo en términos de sus hallazgos sino también como una afirmación política importante que destacaba la presencia continua del ICANH como un actor del Gobierno en la región. De esta manera, un aspecto muy importante del proyecto fue su componente público, lo que implicó constante trabajo y negociación con pueblos indígenas, campesinos, la Unidad Administrativa Especial Parques Nacionales Naturales (UAESPNN), instituciones regionales del Gobierno, ONG, turistas, guías de *tours* y el ejército y la policía colombianos.

Dada la importancia de los dos sitios para los grupos indígenas kogi, wiwa y arhuaco (bintukua), que dicen ser los directos descendientes de

[ 51 ]

Introducción

---

7 El ICANH es la entidad oficial gubernamental a cargo de la protección del patrimonio arqueológico en Colombia, el cual, según la ley colombiana, es propiedad de la nación y no puede ser comprado, vendido ni adquirido de ninguna manera por individuos o corporaciones privadas. El ICANH está encargado de la administración de los parques arqueológicos nacionales: Teyuna-Ciudad Perdida, San Agustín, Tierradentro, Alto de las Piedras, Alto de los Ídolos y Santa María de La Antigua del Darién. Aunque la Constitución afirma que los grupos étnicos pueden tener ciertos derechos especiales sobre los sitios y objetos arqueológicos dentro de sus territorios, no hay ninguna ley que reglamente estas excepciones. Esto pone al ICANH y a todos los arqueólogos que trabajan en Colombia en una situación complicada respecto de los reclamos indígenas sobre sitios y objetos arqueológicos. Dado el estatus de Ciudad Perdida como un parque nacional arqueológico ubicado dentro de las fronteras de un resguardo indígena, la propiedad, el manejo de los restos arqueológicos y la investigación en el parque han sido asuntos muy controversiales con las autoridades indígenas en los últimos veinte años. Como traté de mostrar en otra parte (Giraldo 2003), las implicaciones políticas de la copropiedad y coadministración de los sitios arqueológicos ofrecen serias dificultades para el proyecto nacional colombiano, multicultural o no, especialmente en cuanto a quién puede o no puede alegar un pasado compartido para la nación (véanse también Echeverri 1998; Gnecco 1999; Gnecco y Zambrano 2000).

los antiguos taironas, así como la necesidad de continuar la investigación arqueológica, se tuvo que llegar a algún acuerdo para que las investigaciones pudieran continuar. Por ejemplo, ninguna tumba podía excavar ni molestar. Y, una vez en Ciudad Perdida, el mamo, especialista religioso de la cuenca del Buritaca, Rumaldo Lozano, también nos indicó cuáles terrazas no podían excavar. Todos los requisitos se cumplieron sin dificultad.

Desde el año 2000, cuando empecé el trabajo de campo preliminar en Santa Marta, las continuas conversaciones con autoridades indígenas han contribuido a un creciente sentido de entendimiento y respeto mutuos. Esto ha significado un gran número de discusiones respecto de la naturaleza de la investigación arqueológica, la utilización política y simbólica de los restos arqueológicos hecha por diferentes grupos con intenciones separadas y el papel, benévolo o no, del turismo arqueológico para mejorar las condiciones de vida de las poblaciones indígenas y campesinas circundantes. En breve, el proyecto se desarrolló en medio de discusiones más amplias enmarcadas por la reconfiguración de Colombia en una nación-Estado multicultural a través de la Constitución de 1991<sup>8</sup>, donde la propiedad y el control del pasado y sus restos es un asunto muy controvertido. Menciono esto porque la posibilidad de conducir investigaciones arqueológicas en Colombia, y cada vez más en Suramérica y el mundo, depende del reconocimiento por parte de los arqueólogos de los asuntos sociales, económicos y políticos que están en juego en cuanto a quién controla y administra los sitios arqueológicos, si las naciones-Estado, los grupos étnicos o las compañías privadas<sup>9</sup>.

Tuve también la fortuna de comenzar el trabajo de campo en los dos sitios en medio de los acuerdos de desmovilización entre la organización paramilitar que operaba en la región y el Gobierno colombiano. Hasta el 2006, el camino a Ciudad Perdida estuvo bajo estricto control de las fuerzas paramilitares, que de hecho “interactuaban” constantemente con

---

8 Para un estudio detallado de los efectos múltiples de las políticas multiculturales en la Sierra Nevada, véanse Bocarejo (2008) y Ulloa (2005).

9 Aquí me refiero a un fenómeno reciente que exige más escrutinio: la creciente mercantilización de los sitios arqueológicos y su definición como activos económicos abiertos al desarrollo por parte de compañías privadas como una manera de incrementar el ingreso a través del turismo. Esto va de acuerdo con maniobras similares respecto de los parques naturales en todo el mundo, donde los gobiernos nacionales ceden muchos servicios a las compañías privadas.

los turistas y el personal del parque en los múltiples retenes que habían puesto para controlar la entrada al área. Aunque el acceso al parque mismo siempre ha estado permitido, como cobraban una “tarifa de seguridad” a las compañías turísticas que diariamente llevaban *gringos* al parque, tener que lidiar con ellos en años previos como los dueños del poder *de facto* era un asunto muy enervante y éticamente problemático, en especial para un arqueólogo del Gobierno. Esta situación, junto con el hecho de que los campesinos a lo largo del camino cultivaban y procesaban hoja de coca (*Erythroxylon* sp.) que después venderían a los paramilitares, quienes a su turno la usaban para financiar su guerra contra la guerrilla, ilustra algunos de los aspectos más complejos de la investigación arqueológica en esta área. Pero, debo añadir, este es el caso de una mayoría de arqueólogos y antropólogos colombianos, quienes tienen que lidiar constantemente con este asunto dependiendo de quién controla la parte específica del país donde se ubica la investigación. Esto a menudo significa que una estadía de campo puede interrumpirse o que un proyecto debe ser suspendido por meses o incluso años debido a preocupaciones de seguridad.

Esta coincidencia con los esfuerzos de la administración Uribe por restaurar el control del Estado sobre vastas áreas del campo antes dominadas por los paramilitares o la guerrilla, alteró sustancialmente las mismas condiciones de posibilidad de investigar. La fuerza aérea colombiana nos llevó al sitio una mañana soleada de finales de junio del 2006 y veinte días después un pelotón de infantería sentó su campamento en el parque para asegurar el área, ya que el vicepresidente Francisco Santos había decidido visitarla con su familia. Por así decirlo, el comando central del ejército colombiano y las autoridades gubernamentales decidieron en ese momento estacionar un pelotón de infantería en el parque, donde ha permanecido hasta hoy. También se fijaron retenes militares a lo largo del camino para crear un corredor seguro para los visitantes y aplicar y extender el control del Estado sobre la cuenca del río Buritaca. A medida que mejoró la seguridad, mejoró el flujo de turismo al sitio.

Mucha, si no toda, la investigación de campo sobre la que se basa el trabajo se condujo con visitantes presentes en los dos sitios. Esto me dio la oportunidad de discutir los hallazgos con una audiencia más grande, a medida que se encontraban y se procesaban. La presencia de un equipo de investigación arqueológica contribuyó a mostrar que aún había mucho que

aprender de ambos sitios, dado que el proyecto producía información nueva a diario. Trabajar bajo el constante escrutinio de los turistas inquisitivos, los guías, los soldados y los visitantes indígenas fue una ocasión para contestar preguntas sobre los sitios, sobre lo que encontrábamos, y aclarar falsas concepciones sobre lo que es y hace la arqueología. Los datos frescos, recién salidos del horno, a menudo, avivan el entusiasmo por la arqueología de modos más inmediatos y accesibles que la mayoría de las guías impresas.

La investigación arqueológica en Pueblito y Ciudad Perdida también es importante por varias razones lejanas a los corredores de la academia y a los intereses de los especialistas en la arqueología del norte de América del Sur. Por una parte, Ciudad Perdida es un parque arqueológico nacional donde personajes que van desde Fidel Castro hasta la reina Sofía de España han pedido que los lleven. En un país que hasta hace muy poco fue clasificado como un “Estado fallido”<sup>10</sup> y donde el conflicto civil y los disturbios mantenían alejados a todos los turistas, menos a los más aventureros, tener un parque así genera un inmenso orgullo nacional. Cuando los turistas, ya hastiados de meses de viaje por América del Sur, mencionan que les gustó más que Macchu Picchu, los esforzados guías sonríen. La ubicación de Pue-

---

10 Incluso en la reciente literatura arqueológica, Colombia tiende a ser vista como una Somalia suramericana sin Estado. Bogotá, la capital, es mencionada por Monica Smith (2003b) como uno de los varios casos de ciudades que continúan estando “ocupadas y florecen bajo las condiciones del colapso y la desintegración del Estado”, probando así que no hay una relación necesaria entre Estados y ciudades. El punto es pertinente e importante para este proyecto. Sin embargo, las apariencias son engañosas y lo que los analistas ven de lejos puede ser muy diferentes en el lugar, o por decirlo así, desde “el punto de vista del arqueólogo nativo”, para usar un lugar común antropológico. Una incapacidad de “ver” el Estado o cualquier otra forma política conocida en una sociedad, como Fortes y Pritchard (1940, 8) demostraron hace algún tiempo y la subsecuente etnografía sigue reforzando, no implica necesariamente una ausencia de orden, política, normas, autoridad o poder. Para seguir con el ejemplo colombiano, los pueblos y áreas bajo el control de la guerrilla o de un grupo paramilitar, no caen en el caos. Antes bien, cada grupo crea y hace cumplir una forma de orden social y político fuera de, o al margen de, el Estado y los habitantes de esas áreas deben seguirla. No importa que este orden y la autoridad bajo la cual se creó puedan ser, en nuestra opinión, ilegales e ilegítimos. Desde adentro, mientras las fuerzas del Estado y del no Estado luchan por el área, va cambiando cuál forma particular de orden uno debe seguir, a medida que la influencia y el poder de cada uno se contrae o se expande. El estudio arqueológico e histórico de Shannon Dawdy (2008) sobre Nueva Orleans colonial como una ciudad de contrabandistas bendecida por el Estado, es también un caso pertinente en contra de las presuposiciones ingenuas sobre la naturaleza del orden y el desorden en las ciudades y la presencia o ausencia del Estado o, en efecto, de cualquier otra forma política.

blito en la mitad del Parque Nacional Natural Tairona, que recibe más de 300 000 visitantes al año, implica que también recibe atención constante. Es vergonzoso tener poco que decir acerca de lo que eran estos lugares, cómo fueron construidos y para qué propósitos. En consecuencia, se elaboró una nueva guía y en este momento se está produciendo nueva señalización para Ciudad Perdida en colaboración con el ICANH.

He aquí, entonces, una vista resumida de los objetivos del proyecto y el contexto social y político en el que se desarrolló la investigación, junto con algunas de las implicaciones del “mundo real” sobre hacer investigación en estos dos sitios arqueológicos. En la siguiente sección de este capítulo ofrezco un plan del trabajo.

Los taironas son relativamente desconocidos y no muy bien representados en los escritos de arqueología americanista. En el capítulo siguiente discuto nuestro conocimiento actual sobre los taironas y sus predecesores, ofreciendo así los antecedentes básicos para los estudios específicos que se emprendieron en este trabajo. En dicho capítulo también presento una crítica contra el uso del continuum histórico kogi-tairona que es tan frecuente entre los arqueólogos que tratan con materiales arqueológicos taironas y aún entre algunos etnógrafos recientes. En este sentido, debe quedar claro que este trabajo no usa la etnografía kogi o indígena como una herramienta interpretativa inequívoca que puede aplicarse directamente a los artefactos excavados.

El capítulo 3 introduce el estudio detallado de Pueblito a lo largo de un análisis arquitectónico y topográfico, junto con una estrategia de muestreo intensiva. Allí discuto el trazado básico del pueblo, sus estructuras y los resultados de las muestras arqueológicas en cuanto se relacionan con prácticas espaciales e historia de asentamiento.

En el capítulo 4 describo y discuto la información de las excavaciones que se hicieron durante la fase final de la investigación en Pueblito. Los hallazgos prueban que la ciudad empezó a contruirse alrededor de 600 d. C. y que había estructuras relativamente completas que datan del periodo Neguanje (400-1100 d. C.) que estaban preservadas debajo de las terrazas taironas. La información también apunta a un número de eventos alrededor de los siglos XI y XII que transformaron un área residencial del periodo Neguanje en una gran plaza sobre la cual se emplazó una estructura circular usada para ceremonias y festines.

En el capítulo 5 me concentro en describir y discutir la información de Ciudad Perdida y las similitudes y diferencias entre su trayectoria y la de Pueblito. A diferencia de lo que se ha asumido previamente, Ciudad Perdida se asentó alrededor de la misma época que Pueblito. Esta evidencia indica que las transformaciones del paisaje en las porciones altas y bajas de la Sierra Nevada de Santa Marta comenzaron más tempranamente. La evidencia nos obliga a reconsiderar la trayectoria particular de otros grandes asentamientos localizados sobre las laderas superiores de la Sierra Nevada que se pensaba pertenecían solo al periodo Tairona. Ciertas similitudes en la conformación de las áreas centrales de Ciudad Perdida y Pueblito también sugieren que el surgimiento de pueblos grandes como estos se articuló con la construcción de terrazas ceremoniales y de festines y construcciones en las áreas centrales.

El capítulo 6 resume los argumentos de los capítulos 3, 4 y 5 y discute la relación entre la política y el espacio construido en Ciudad Perdida y Pueblito. El trabajo concluye con una discusión de las implicaciones de esta investigación para una investigación futura en el norte de América del Sur.